



AGRIPINA



VIRUS

Francisco González Cerezo

© Francisco González Cerezo
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Agripina	4
Primera Parte. Viaje al Mar de la Locura	5
Segunda Parte. La Habitación de las Siete Puertas.....	32
Tercera Parte. De nuevo entre los Vivos	64
Agradecimientos del autor.....	71
 Virus	 72

Agripina

Este relato que está a punto de leer es una obra de ficción. Por eso, todos y cada uno de los personajes son ficticios y sólo viven en la imaginación del autor y, a partir de ahora, en la de usted.

Es cierto que durante la trama se mencionan algunos personajes reales y algunas marcas comerciales cuya propiedad corresponde a ciertas compañías muy conocidas por todos. Debo aclarar que sólo aparecen porque considero que enriquecen la historia. Y, desde luego, sin la más remota intención de perjudicar a dichas personas y compañías.

Agripnia:

Dícese de la dificultad para conciliar el sueño y descansar mientras se duerme. A veces, puede deberse a las pesadillas.

Primera parte: Viaje al Mar de la Locura

¿Quién maneja mi barca?

1

El caucho de las ruedas del vehículo giraba más y más deprisa en su desenfrenada carrera hacia lo inescrutable. Las gomas se pegaban al asfalto iluminado por las luces de carretera, una luz de tanta calidad que parecían tener encerrado un minúsculo sol en su interior halógeno.

Julio se sentía de maravilla. Al fin y al cabo, conducir era (y es) su deporte favorito. Sin embargo, en esta ocasión había algo diferente, un detalle muy importante que alteraba el placer. El no conducía su coche. Era el coche quien le conducía a él. Así que no podía controlarlo, ni la velocidad (cada vez mayor) ni la dirección (indeterminada).

El terror surgió entonces tan triunfal como siempre, apestando a neumáticos chirriantes, gasolina sin plomo y aceite multigrado sintético.

El vehículo aceleraba constantemente, adquiriendo velocidad por doquier. Miró al velocímetro y pudo ver que se había vuelto loco, dando vueltas sin parar como un reloj metido en la máquina del tiempo de Wells. En ese instante, el sudor que se había originado en su frente en forma de diminutas gotas, se fue condensando en dos pequeños ríos que desembocaban en cascada sobre sus ojos, impi-

diendo que éstos pudieran cumplir la función para la que habían sido diseñados. A Julio le hubiera gustado pasar la mano y enjugarse el sudor, mas no se atrevía a soltar el volante. Sin embargo, en el fondo era consciente de que aferrarse al volante era inútil. El coche tomaba las curvas sin necesidad de que el conductor dirigiera las ruedas. Fugazmente, tuvo una visión de los cochecitos de feria del carrusel que se mueven mecánicamente por una carretera ficticia. Esos pequeños coches tienen un volante de pega que por más que los muevas, evidentemente, no pueden apartar al coche de su camino preestablecido.

Julio, entonces, se sentía igual. Mejor dicho, peor. Porque en la feria uno se divierte, y él estaba inundado hasta la médula de un desagradable y frío líquido llamado pánico, una sensación horrorosa que no pensaba recomendar ni a su peor enemigo.

Cuando el sudor salado y caliente dejó de escurrir por delante de sus pupilas, sus ojos recuperaron su capacidad funcional y pudieron ver que la carretera se estaba difuminando poco a poco, como si los píxeles de un monitor se estuvieran yendo de vacaciones al Olimpo de Los Monitores Estropeados.

El coche ya no corría.

Volaba.

La goma de los neumáticos ya no rozaba con nada sólido. Bajo el coche, una sublime oscuridad se abría paso devorando todo, hasta el aire, pues le costaba respirar. Entonces sólo se le ocurrió una cosa.

Gritar.

Era lo único de lo que se sentía capaz. Sus cuerdas vocales vibraban inhumanamente mientras a su alrededor no se veía nada. Nada en absoluto.

Cuando Julio empezó a notar dolor en la garganta, divisó un punto de luz: diminuto, brillante y pequeño, pero perfectamente visible. Su luz pulsaba como la de un planeta lejano en el firmamento. Dejó de gritar, momentáneamente. Veía aquel punto lejano como un águila, a cien metros de altura, ve a un conejo que se esconde entre los matorrales para sobrevivir. Sin embargo, en este caso los papeles estaban trocados.

El depredador era el punto brillante.

La presa, Julio.

El punto luminoso empezó a acercarse cadenciosamente, lento pero sin pausa. Aumentaba la potencia de su luz como el sol al amanecer. Al principio le gustó mirarla, pero luego tuvo que apartar la vista cuando la intensidad fue demasiado alta. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Julio pudo ver que no era una luz blanca uniforme sino un conjunto de diminutos puntos luminosos de infinitud de colores, desde los más oscuros y fríos hasta los más claros y cálidos. Juntos formaban un todo, una comunidad perfecta que daba lugar a la luz más intensa, cautivadora y alucinante que se pueda imaginar.

Julio rompió a gritar de nuevo, porque no sabía qué era aquello, ni qué quería, ni la razón por la que estaba allí. Las lucecitas de colores empezaron entonces a girar formando un remolino de irresistible poder atractivo que arrastró a Julio hacia su interior mientras éste gritaba tanto que se ensordecía a sí mismo...

2

Dejó de gritar cuando notó algo fresco y húmedo en la cabeza. Su mujer le había vuelto a despertar tirándole un vaso de agua a la cara. Refrescante y útil remedio.

El brusco salto entre el mundo de los sueños y la realidad era algo que Julio empezaba a conocer muy bien, para su desgracia. Vivía en dos mundos paralelos que discurrían como los carriles de una autopista. Hasta ahora había sido bastante capaz de distinguirlos, pero en el fondo temía con horror que algún día desapareciera la mediana de la autopista.

Se incorporó en la cama, dejando que el agua escurriera lentamente por su cara hacia los pantalones del pijama. Recordó fugazmente su infancia, cuando aún mojaba las sábanas. La sensación era tremendamente parecida, y la reconoció a pesar de los años transcurridos.

Durante unos instantes, sin saber precisar cuánto tiempo, tuvo la mirada perdida en el horizonte mientras notaba cómo disminuía su ritmo cardíaco y su corazón se adaptaba de nuevo al número normal de pulsaciones.

—¿Otra vez lo mismo?— le preguntó Laura, con la típica voz de alguien a quien han despertado a gritos a las tres de la madrugada.

—Sí... he vuelto a despertarte, ¿verdad?

En casos como este, el silencio es más expresivo que las palabras.

—De nuevo el coche, la carretera, las jodidas luces— enumeró Julio. —Es horrible...

—Sí— dijo ella, —la verdad es que sí lo es.

Julio quiso preguntarle qué es lo que era horrible, sus pesadillas o el hecho de que la hubiera despertado, una vez más, a las tantas de la madrugada. Se quedó con las ganas de saberlo, pues Laura había hundido la cara en la almohada que compartían desde hacía 13 años, y parecía querer coger de nuevo el sueño.

Lo cierto es que Laura estaba muy lejos de encontrarse con Morfeo. La causa de su pertinaz insomnio era una idea que rondaba su mente sin cesar como un tigre enjaulado del Circo Roma. Era una idea que, en principio, no debería preocuparla (al menos, examinada bajo sus filtros éticos, tan res-

petables como los de cualquiera que haya leído alguna obra de Nietzsche sin tomarse una aspirina cada tres páginas). Sin embargo, tenía la vaga intuición de que no volvería a dormir bien hasta que su plan se llevara a cabo.

Como realmente no lograba hacerse amiga del Dios del Sueño, se levantó de la cama. Julio dormía ya como un bendito, y es que sus pesadillas eran tan increíbles como su capacidad para volver a conciliar el sueño, roncando suavemente como un niño pequeño con vegetaciones.

Se preparó algo que la ayudara a dormir: un pelletazo doble de whisky, consciente de que no debía abusar del alcohol. Pero ella tenía la idea (sí, desde luego era una mujer con ideas) de que el alcohol crea menos dependencia que las pastillas para dormir.

Lo cierto es que pasó el resto de la noche en vela, y los primeros rayos de sol de ese día, de un color naranja sucio, bañaron el salón de los Muñoz de una claridad difusa justo cuando terminaba su tercera copa.

3

—Nooo, ¡soltadme! ¡No pueden hacerme esto! ¡No permitiré este secuestro!

Julio intentaba en vano forcejear. Dos hombres con bata blanca y fuertes brazos le obligaban a acompañarles. Su insistencia no admitía réplica de ningún tipo. Eran tan convincentes como el mejor de los políticos.

—Julio, querido, es lo mejor para ti— decía Laura. —Pronto te curarás.

—Nooo— gritaba impotente Julio. —¡NO ESTOY LOCO, HIJOS DE PUTA!

Julio lloraba de rabia. Le arrancaban de su casa y no podía hacer nada para evitarlo. Los de la bata blanca ni se inmutaban. Tenían órdenes de llevar a ese tío al manicomio y no se iban a dejar influenciar por los berridos del propio «interesado» que, al fin y al cabo, era el que pagaba. Y obviamente no sabía lo que le convenía. Ellos eran unos profesionales de los pies a la cabeza, que se dejaban la piel (si hacía falta) en su trabajo.

—No quiero ir al manicomio, mamones. ¡SOLTADME DE UNA PUTA VEEEEEEZ!

El pobre Julio forcejeaba con todas sus fuerzas, pero era evidente que éstas eran muy inferiores a las de los matones vestidos de blanco.

Los gritos sólo sirvieron para avisar a los vecinos de que Julio, el del quinto derecha, al que le había tocado la lotería, no se iba precisamente de juerga con unos amigos. La verdad es que la mayoría se lo veían venir. En los corrillos vecinales del patio de luces hacía tiempo que circulaba el rumor

de que Julio no dormía bien, que tenía horribles pesadillas y que cualquier día sería bueno para que perdiese del todo la chaveta. Ese día había llegado.

Todos contemplaban la escena a través de las mirillas de sus puertas. Los más osados se atrevieron a entornarlas para poder ver mejor. Jorge, el del tercero, incluso sacó la videocámara. Y es que no todos los días se ven cosas así. Los enfermeros arrastraban al pobre Julio escaleras abajo sin preocuparse de nada más, sólo de cumplir su trabajo.

Por un momento Julio pudo echar un vistazo al antebrazo de uno de los matones. Sobre la bronceada piel destacaba un dibujo realizado con brillante tinta roja, casi tanto como si fuera sangre. Se trataba de un tatuaje, la representación de un extraño animal con los ojos saltones como los de un sapo y una risa de oreja a oreja que dejaba ver unos dientes tan afilados que parecían haber sido moldeados con lima de hierro. De la boca salía un bocadillo con la frase que el animal decía: «yo no estoy loco, pero tú sí».

Cuando pasaban por el hall del edificio, Julio logró agarrarse al marco de la puerta. Sus manos se aferraron como ventosas. Los enfermeros tiraron de él con más fuerza, pero no consiguieron soltarle.

—Julio, no hagas las cosas más difíciles— dijo entonces Laura, que le acompañaba. —Es mejor que te vayas con estos señores para descansar y mejorarte.

—¡Y UNA MIERDA! ¡NO ESTOY LOCO!

Julio se agarraba al marco de la puerta con inusitada y vehemente fuerza. Intuía que era su única oportunidad de librarse del manicomio, y se aferró a ella como a un clavo ardiendo. Si se soltaba, no tendría opción.

—¿Le doy una ostia?— preguntó tímidamente el enfermero con más cara de bestia de este lado del Atlántico.

—No— respondió el otro, el del tatuaje. —Nada de golpes.

—Flojito...

—Que no, coño, que luego se le queda la marca...

—Pues este capullazo no se suelta.

—Entonces ve a la «furgo» y tráete un «pico». No hay alternativa.

—Vale— se fue.

Laura asistió estupefacta a la conversación que mantenían los enfermeros, que más parecían personajes de alguna película de Tarantino que profesionales de la medicina.

—Señora— dijo el que se quedó, —lamento que esto haya tenido que suceder así..., pero su marido no coopera, ya lo ve, no entiende que queremos ayudarle.

—¡CALLA Y SUÉLTAME!— bramó Julio.

—Julio, lo hacemos por tu bien— insistió Laura. —Iré a visitarte todos los días, y pronto te pondrás bien...

Los vecinos habían dejado sus casas y bajaban al hall para poder seguir el transcurso de la escena, con disimulo pero sin lograr ocultar su enorme e insaciable curiosidad. Allí había material de primera como para llenar de contenido los cotilleos del barrio durante, por lo menos, dos días.

En ese instante llegó el otro enfermero con una jeringuilla en la mano derecha. Antes de que Julio se enterase de qué iba el tema y pudiera reaccionar, el contenido de la misma había sido inyectado con efectividad en una de las venas de su cuello. El enfermero se la había encontrado con la misma eficacia que un experto yonqui. Se notaba a la legua que no era la primera que ponía (ni la última, probablemente. El que es bueno en algo debe cultivar su arte). Rápidamente, el somnífero llegó hasta el cerebro, y Julio se desplomó dormido en el suelo de mármol almeriense.

El espectáculo había acabado. Los vecinos regresaron satisfechos al hogar.

4

—Doctor Gutiérrez— dijo una entrenada voz de secretaria, dulce pero firme—Le espera la señora de Muñoz.

—Hazla pasar.

Laura entró entonces en el despacho del director del Centro de Salud Mental Nuestra Señora del Desamparo. La primera impresión que tuvo fue que estaba decorado con clásico buen gusto. Todo parecía estar en su lógico sitio. Ordenado y limpio, un gran ventanal lo llenaba de claridad e iluminaba los cuadros y los títulos enmarcados que salpicaban las paredes pintadas en beige claro. Se sentó en la robusta silla de madera a juego con la enorme mesa que presidía el despacho. La voz del doctor la sacó de sus pensamientos de aficionada a la decoración.

—Siéntese, por favor. Es usted la esposa del señor Muñoz, ¿no es así?

—En efecto. Laura Méndez. Encantada de conocerle— le tendió la mano en un saludo, dejándola muerta, sin hacer fuerza. El doctor se la estrechó suave y brevemente, haciendo gala de su exquisita educación aprendida en un reputadísimo internado británico.

—Lo mismo digo aunque, lógicamente, las circunstancias no son muy festivas. He leído el historial clínico de su marido y parece ser que últimamente ha empeorado, ¿verdad?

—Sí..., todas las noches el mismo sueño, y cada vez despierta más violentamente...

—Entiendo— dijo el doctor adoptando su mejor tono de voz profesional. —No cabe duda de que hemos actuado a tiempo y que lo mejor para él y para usted es su rápido ingreso en nuestra institución.

—¿Tiene remedio, doctor? ¿Le curarán?— preguntó Laura con angustiado semblante.

—Bueno, nuestro equipo de especialistas se pondrá manos a la obra. Hasta que no le hagamos un completo chequeo y veamos exhaustivamente la evolución, no podremos emitir un diagnóstico fiable que se aproxime a la realidad. Mas, en esta institución somos optimistas por naturaleza..., ¿usted no, señora Méndez?

—Sí, claro.

—Ahora, si no es molestia, mi secretaria le ayudará a rellenar la ficha de ingreso.

—Por supuesto.

5

Despertó.

Tenía la mente embotada, una resaca similar a la que produciría un litro de ginebra barata. Trató de mover las manos hacia la cara, pero no pudo. Se dio cuenta entonces de que estaba tumbado en una camilla con correas en sus muñecas, tobillos y cuello. No era capaz de hacer el más mínimo movimiento. Sólo sus ojos tenían libertad para moverse y gracias a eso pudo ver que estaba en una habitación amplia y cuadrada, iluminada con tubos fluorescentes que emanaban una luz blanquecina e impersonal. Las paredes estaban acolchadas con un tejido inmaculadamente blanco demasiado similar al que se usa para revestir los ataúdes. Olía a medicinas y lejía desinfectante.

Escuchó entonces el típico sonido que hace una puerta al abrirse y luego cerrarse. Unos zapatos con suela de goma se acercaban y, al instante, apareció delante de la suya una cara ancha con bigote y cabello negro. Sin embargo, el vello facial no era lo más característico: el tipo era bizco. Cuando el ojo derecho miraba al norte, el izquierdo miraba al noroeste.

—Hum— dijo la boca de la cara desconocida, —parece que nuestro paciente ha despertado.

—¿Tú qué crees?— espetó Julio con desgana. Su voz sonó ronca, como si estuviera recién despertado de una larga siesta. Fue consciente de que le habían drogado.

—Que la ironía es una buena terapia para casi todo— respondió el bizco.

—¿Estoy ya en el manicomio?— inquirió Julio.

—¿Tú qué crees? Ja, ja. Soy Ángel, tu enfermero. Mi misión es ayudarte a ir de un sitio a otro y servirte en la medida de mis obligaciones y posibilidades. Eres Julio, ¿no?

—Sí. ¿Me vas a desatar?

—No, aún no— sentenció Ángel. —Tenemos que conocernos antes de dar ese paso trascendental. Para eso, nos lanzaremos preguntas envenenadas como dardos de indio caníbal, ¿qué te parece?

—Patético— aseguró Julio. —Desátame de una jodida vez.

—He dicho preguntas— repitió Ángel, —no imperativos. Y menos con tacos.

—¿Sería usted tan amable de desatar mis extremidades, señor enfermero?

—Eso ya te lo he respondido antes. Dispara de nuevo.

—Está bien. ¿Por qué estoy aquí?

—Eso está mejor— afirmó Ángel. —Supongo que por la misma razón que todos ingresan aquí. Necesitas un buen ajuste y engrase general en tu cabecita.

—Yo no estoy loco.

—Eso dicen todos...

- Pero es que es cierto— insistió Julio, terco.
- Claro, claro. Negarlo no es una conducta inteligente, y tú no pareces tonto.
- Ni soy tonto ni estoy loco.
- Entonces, ¿qué haces aquí?— espetó Ángel.
- Eso ya lo he preguntado yo.
- Pero como no te ha gustado mi respuesta— razonó Ángel, —quizá sea porque tú tengas una mejor, y estoy deseando que la compartas conmigo.
- Pesadillas.
- Ahh— exclamó el enfermero con admiración. —Bonito tema. He escuchado tantas y padecido otras tantas que podría escribir sobre ellas un libro más gordo que «El Señor de los Anillos». Es un mundo fascinante... ¿no crees?
- Pero yo es que sufro la misma pesadilla, noche tras noche.
- Vaya, eso es más jodido. Bueno, ya está bien de charla— dijo Ángel, mirando su reloj y cambiando de tema bruscamente. —Voy a llevarte a tu primera cita con el psicoanalista.
- ¿Me desatarás?— inquirió Julio.
- Joder, qué pesado. Eso lo decidirá el doctor.

6

Rellenar el puto formulario la había dejado exhausta. Preguntas, preguntas y más preguntas, todas inquisidoras, indiscretas, íntimas... ¿Acaso hacían falta tantos datos para poder entrar en un manicomio? Laura no era capaz de comprenderlo. O quizás era que se había vuelto demasiado blanda y perezosa. Sí. Desde que a Julio le tocó la lotería, la holgazanería y el auténtico perroneo habían invadido su vida. Coño, es que no daba ni golpe. Ni falta que le hacía, por otra parte. Les sobraba el dinero como para poder despilfarrarlo en cualquier capricho, desde el más insignificante hasta el más grandioso.

Sin embargo -pensaba Laura mientras recorría los pasillos del manicomio-, Julio era testarudo como él solo. Con los cientos de millones criando polvo en el banco, y se obstinaba en vivir en un viejo y destartado pisito de 80 metros (contando la terraza). Cabezonerías como esa, y otras muchas, la sacaban de quicio.

Sí. Por eso había llegado a la bendita conclusión de que su marido debía estar encerrado, lejos de sus millones. Quizás de esa forma recuperaría la razón.

¿O quizá no?

Bueno, definitivamente no le preocupaba la respuesta a esa pregunta.

Lo interesante de verdad es que, por el momento, se lo había quitado de encima con la misma facilidad con la que un burro se sacude las molestas moscas con la cola. Ahora tendría oportunidad de relajarse un poco y pensar en la mejor forma de pulir los detalles de su ambicioso plan.

Se consideraba a sí misma una mujer calculadora. Como tal, no debía permitirse el lujo de dejar el más mínimo detalle a la improvisación. Todas sus ideas y maquinaciones debían estar perfectamente escritas, corregidas y depuradas como un programa de ordenador.

La ejecución sería perfecta.

Y los resultados, plenamente satisfactorios.

7

Las juntas entre las baldosas provocaban que la camilla, al pasar sobre ellas, traqueteara como un viejo tren del lejano Oeste americano. Las bruscas vibraciones no eran absorbidas por la inexistente suspensión ni por las pequeñas y duras ruedas negras, por lo que llegaban al cuerpo de Julio con meridiana nitidez.

—Más espacio, coño— exclamó Julio, —que esto no es la autopista.

—Perdona— se disculpó el enfermero. —Falta muy poco para que lleguemos al ascensor. En las demás plantas el asfalto está mejor...

El viaje en vertical no duró mucho. Rápidamente la camilla estaba recorriendo un nuevo pasillo.

—Ahora vamos a pasar por delante del salón de recreo— explicó Ángel. —Si te portas bien en lo sucesivo, quizás se te permita entrar. Hay televisión, radio, muchos juegos de todo tipo y, sobre todo, conocerás gente como tú que te ayudará mucho.

—Y dale— masculló Julio. —No estoy loco, ¿cómo cojones tengo que decírtelo?

—Explícaselo al doctor. A ver si a él le convences, porque lo que es a mí...

Pasaron junto al salón de recreo pero, como lo hicieron a toda velocidad, Julio sólo pudo ver que era una enorme habitación cuadrada con cristalerías en lugar de paredes, llena de gente que se entretenía con cosas extrañas y variopintas.

Después de atravesar más pasillos y puertas llegaron a una estancia pequeña con varios sillones y una mesita baja en el centro con varias revistas pasadas de fecha. De una puerta contigua salió un hombre bajito, más bien grueso, con gafas y un poco de pelo cano sobre su incipiente cabeza calva. Tenía aspecto de persona sabia e inteligente, con un cierto parecido a Einstein.

—Soy el doctor Morales— se presentó.

Julio le miró a los ojos fijamente, casi con descortesía. Eran de un color gris profundo e irradiaban simpatía y confianza. Con su sola contemplación, Julio se sintió mejor. Era una mirada que parecía decir: «Ven conmigo, quiero ayudarte».

—Puedes retirarte, Ángel. Déjame a solas con el señor Muñoz.
 —Bien, doctor— dijo el enfermero al marcharse.
 —¿Va a ser usted mi psiquiatra?— preguntó Julio esperanzado.
 —Sí señor— dijo el doctor con una sonrisa, —psiquiatra, psicólogo, doctor en medicina, veterinario...
 —Vaya— interrumpió Julio. —Veo que ha tenido usted tiempo para estudiar.

—Ya lo creo. Mi padre siempre me repetía que nunca dejara de aprender y que jamás olvide lo que ya sé.

—Su padre debió ser un hombre sabio. Le felicito por ello.

—Bueno— dijo el doctor, sonriendo. —Lo cierto es que era un borracho que, además, pegaba a mi madre. Sin embargo, tenía momentos brillantes y una colección de frases llenas de sabiduría. Pero esa es una historia que no viene a cuento. Soy un hombre que me he hecho a mí mismo, sin ayuda de nadie. Por eso mismo me encanta mi trabajo: ayudar a los demás.

—Estupendo doctor, me pongo en sus manos...

8

Cuando Ángel se alejaba de la zona de terapia, pensando en qué le iba a echar al sándwich del almuerzo, se topó con una mujer atractiva de unos 35 años que lucía pelo castaño cortado a media meleta, profuso maquillaje y carísimo vestuario. El fino vestido de diseño parisino se le ajustaba a las curvas del cuerpo con exquisita elegancia. Los zapatos, como sería de esperar, hacían juego con el discreto bolso y con el color del carmín que adornaba sus sensuales labios.

—Disculpe— dijo la señora. —Busco al enfermero Ángel Ureña.

—Ya lo ha encontrado.

—Soy Laura Méndez, esposa del señor Muñoz.

—Encantado— Ángel se quedó con las ganas de que la tía buenorra le diera un beso. Se limitó a estrecharle la mano de la forma más erótica con que se atrevió.

—Igualmente— respondió ella. —El director ha hablado con usted sobre mi marido, ¿verdad?

—En efecto.

—Entonces, está al corriente de la situación, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—El loquero ese, el doctor Morales creo que se llama..., ¿sabe algo de nuestro pequeño asunto?

—Nada— afirmó Ángel, —ni falta que le hace. Él cumple su trabajo y ya está. Uno menos para convencer, ¿no cree?

—Y uno menos para sobornar...— concluyó Laura.

Se separaron con discreción digna de elogio y siguieron caminos opuestos como si no se hubieran topado con nadie. Julio siguió tranquilamente con sus labores propias de enfermero, algunas más honradas que otras. En cuanto a Laura, bueno, pronto descubriremos sus aficiones.

9

—Es fundamental que tengas muy claro que sólo intento ayudarte. De esta manera me abrirás las puertas de tu mente— decía el doctor Morales—y podré solucionar el problema que te oprime.

Julio estaba tumbado, esta vez sin ataduras. El cuero del diván era bastante más agradable que las ásperas sábanas de la camilla. El tacto de la suave tapicería le recordó al que tenían los asientos de un Mercedes de muchos millones al que una vez tuvo la oportunidad de subir.

—Como sabe, doctor— empezó Julio, —es todas las noches la misma pesadilla.

—Bien. Cuéntamela.

—Es muy simple. Voy en un coche. Mi coche, creo, aunque no estoy seguro. Lo malo es que no lo puedo controlar. El muy cabrito se ha revelado contra mí como hicieron los negros esclavos de América. Mi coche quiere vengarse de mí por el mal trato que le he dado. Por eso, corre, corre mucho, cada vez más. Y no sé a dónde irá ni cuando parará.

Julio hizo una pausa. Necesitaba descansar. Era la primera vez que se lo contaba a un auténtico especialista y el doctor Morales, discretamente, había puesto en marcha su grabadora mientras le miraba atento e impaciente.

—Luego— siguió Julio, —el coche desaparece. Sólo quedo yo y la oscuridad. Pero no me refiero a esa oscuridad que queda cuando apagas la luz; la oscuridad de la que le hablo es palpable, fría y envolvente, como si estuviera viva, aterrándome. Me siento como un feto en el útero, flotando en la nada. Pero a diferencia de éste, no me siento bien. No estoy cómodo, ¿sabe usted por qué?

—Dímelo, Julio.

—Porque sé muy bien que algo aterrador se cierne sobre mí como los buitres danzan volando su baile aéreo mortal sobre los moribundos del desierto.

—¿Y qué es?

—No estoy solo en la oscuridad. A lo lejos veo un punto que brilla, una luz distante como una estrella solitaria en el firmamento. Al principio me gusta mirarla, relaja los ojos. Creo que es mi amiga, que viene a salvarme. Pero, conforme se acerca, la intensidad lumínica aumenta. Me quema las retinas y me derribe las pupilas. Intento cerrar los ojos pero no puedo. ¡No puedo dejar de mirar!

Le temblaban los miembros y estaba sudando copiosamente. Mientras contaba la pesadilla era como si la estuviese viviendo de nuevo, pero de una forma difuminada, descafeinada, como ver una película en televisión después de haberla visto en el cine.

—Cuando la luz está ya muy cerca— continuó después, —compruebo que no es una sola luz, son muchas lucecitas de colores que giran en torbellino, un remolino que me desea, me atrae... y me devora el alma...

Giró la cabeza para mirar al doctor. Este le seguía observando con atención.

- Y entonces me despierto gritando como un loco.
- Fascinante— dijo el doctor, excitado. —Es admirable cómo has logrado identificarla y afrontarla con entereza. ¿Y dices que se repite todos los días sin excepción?
- Efectivamente. Todas las noches.
- ¿Y siempre igual, exactamente igual?
- Básicamente, sí. Sólo varían pequeños detalles, por ejemplo el trazado de la carretera, o los coches con los que me cruzo, o los que adelanto...
- Y la luz, ¿siempre igual?
- Sí.
- ¿Qué colores tiene?
- Todos y ninguno— dudó Julio, —es decir, son muchos, juraría que están todos los colores existentes, todos lo que somos capaces de percibir, incluso veo algunos que no recuerdo haber visto jamás; sin embargo, no estoy seguro de haber visto ninguno en concreto.
- Por ejemplo— dijo el doctor, —¿ves el amarillo?
- No sé, no estoy seguro.
- ¿Verde, rojo, azul?
- No sé..., posiblemente sí, pero no lo sé.

El doctor Morales tomó nota en su minúscula libreta. Julio estaba sorprendido. Pocas cosas podían anotarse en unas hojas tan pequeñas, a no ser que usara una letra digna de una pulga. Cuando terminó, el doctor se metió la libretilla en uno de los bolsillos de la bata.

- Bueno, está bien por hoy. Ha sido un buen comienzo, ¿no te parece?
- Sí, doctor, la verdad es que sí— dijo Julio sinceramente. —Siento que, al contarlo, aligero la carga que me oprime, compartiéndola con usted.
- Me alegro. Es un buen síntoma.
- Doctor— dijo Julio, serio, —¿cree usted que estoy loco?
- ¿Y quién no lo está un poco? A decir verdad, yo creo que los locos no existen. ¿Quién nos asegura quién es el loco, o viceversa? Además, la palabra «loco», o «manicomio», no me gustan, no están en mi diccionario. Simplemente hay gente con problemas, como tú, y necesitan ayuda de otras personas especialistas como yo, ¿no crees que es así?
- Totalmente de acuerdo.
- Bien, mañana seguiremos nuestra charla. Voy a llamar a Ángel para que te acompañe a tu habitación.
- Querrá decir celda...
- Esa palabra tampoco está en mi diccionario.

Dos minutos después llegó el enfermero con la camilla.

- No creo que sea necesaria la camilla— aseguró el doctor, —y mucho menos las correas.

Al oír esto, una sonrisa iluminó el rostro de Julio por primera vez en mucho tiempo.

10

—Su cena, milord.

Ángel entró en la habitación (ya no era celda) con una bandeja humeante y apetitosa.

—Menos cachondeo, tío.

Julio comenzó rápido a sorber la sopa. Tenía hambre después del ajetreado día, además no deseaba que se enfriase. El enfermero se sentó a su lado en una silla.

—¿Necesitas algo más?

—No, gracias— logró decir Julio entre cucharada y cucharada. —Oye, Ángel, de verdad, gracias por todo. No deberías haberte molestado en traerme la cena. No soy un inválido.

—Hacer de camarero es parte de mi trabajo.

—¿Sabes?, al fin y al cabo, creo que estar aquí una temporada no me vendrá mal. Y si encima me «ajustan los cables», mejor que mejor.

—Pues claro, Julio. A propósito, la camilla con correas ya no te hace falta..., ¿verdad?

—No. Lo que sí necesito es un poco de agua. Olvidaste traer un vasito.

—Ahora mismo te lo traigo.

Ángel fue a la cocina por un vaso de agua, silbando despreocupadamente mientras caminaba por el pasillo. Luego, cuando volvía, pasó por el cuarto de enfermeros, se aseguró de que nadie le veía y abrió un bote que estaba cuidadosamente escondido en su taquilla. Vertió dos gotas en el vaso. Agitó un poco el agua mientras regresaba a la habitación.

—Agua fresca— dijo al entrar.

—Gracias— dijo Julio antes de dar el primer sorbo.

—Hasta mañana. Buenas noches— y felices sueños, pensó Ángel.

—Hasta mañana.

Al irse, Ángel apagó la luz y cerró la puerta tras de sí.

Julio miró entonces hacia la ventana. La noche había caído implacablemente y llenaba todo con su oscuridad sólo combatida por la creciente luna y las lejanas y brillantes estrellas.

Con semejante paisaje, concilió el sueño.

11

«Me cago en la Puta de Oros», pensaba Ángel. Si había algo que no le gustaba eran las guardias. Toda la jodida noche en vela, como un vampiro hambriento, esperando llamadas que probablemente no se producirían. Lo único bueno era que las horas se pagaban al doble. Además, no le quedaba otro remedio.

Miró su reloj: las dos de la mañana. Le dio las gotitas a las once. Ángel hizo sus números; según las cuentas de la mujer, ya no quedaba mucho para que el «pringao» despertara chillando como un puerco en el matadero.

Encendió la tele con pocas esperanzas de encontrar algo interesante. La caja estaba más tonta que nunca: programas basura, denigrante publicidad de maravillosos productos para adelgazar cuatro kilos en una semana, documentales obsoletos y películas subtituladas de los años cuarenta en blanco y negro.

Mejor apagarla. Sí.

En ese preciso instante escuchó algo. Al principio le sonaron como jadeos breves y entrecortados, como si una pareja estuviera montándose con poca discreción. Después, los jadeos aumentaron de intensidad, transformándose en unos horribles y desgarrados alaridos provenientes de la habitación de Julio.

—Como un reloj... ¡qué cabrón!— exclamó Ángel mientras se levantaba para cumplir su trabajo.

12

El sudor provocaba que las piernas y brazos se le quedaran pegados en el cuero del sofá.

—Doctor— dijo Julio, —¿podría subir el aire acondicionado? Estoy sudando a mares.

—Claro— el doctor Morales se levantó y giró levemente la rueda del termostato. —¿Y anoche?

—¿Anoche?.. lo de siempre.

—¿La misma pesadilla?

—Exacto. Por cierto— añadió Julio, —he pensado que casi siempre me despierto sobre la misma hora, más o menos.

—Bueno, eso no es un dato revelador. A ciertas horas el sueño es más profundo y las pesadillas más intensas, ¿sabes? He estado estudiando tu caso y creo que ya entiendo tu pesadilla.

—¿En serio?

—Sí. A ti te gusta conducir, ¿verdad?

—Ajá.

—Entonces es lógico que tus sueños estén relacionados con coches y carreteras.

—Sí... , es lógico.

—La luz compuesta representa algo, un viejo miedo, una aspiración o utopía, quizás un recuerdo inhibido. Eso no lo sabemos aún.

—¿Y cómo lo sabremos?

El doctor se levantó de nuevo de su sillón y dio unos cuantos pasos alrededor de la mesa antes de contestar.

—Siempre despiertas cuando la luz te engulle, ¿no es así?— dijo al fin.

—Así es.

—Gritas, tienes miedo, estás solo y ... despiertas. Es una reacción muy natural y humana. Quieres huir, y la forma más fácil de hacerlo es despertando.

Siguió caminando nerviosamente en círculos. Su cerebro trabajaba ahora a toda máquina y generaba ideas y sabiduría a raudales.

—Lo mismo cada vez. La luz te traga... y huyes. Ahí está la clave.

—¿En huir?

—No. En NO huir.

—¿Cómo?— Julio no lo entendía.

—Siempre que te engulle la luz, huyes, despiertas. Para lograr superar tu trance, para saber qué significado tiene tu sueño, debes mantenerte dormido para saber qué pasa después, si es que pasa algo...

—¿Pero cómo lo voy a saber si siempre me despierto?

—Te despiertas gritando porque tienes miedo. Si te mentalizas de que no debes temer a la luz, no despertarás.

—¿Seguro?— no terminaba de verlo claro.

—Por supuesto— el doctor se había sentado de nuevo en su sillón, y miraba a Julio de manera paternal. —Recuerda: la luz es buena, la luz es la clave.

13

Sobre las once de la noche, apagó la luz de su cuarto y se metió en la cama. Acababa de terminar la cena que le había traído Ángel; el silencio, la falta de luz y la tranquilidad reinante favorecían la conciliación del ansioso y reparador sueño.

Pronto su mente se desconectó del mundo real, como se desenchufa una lámpara de la pared, y el sueño (el de siempre) comenzó de nuevo: monótono, repetitivo y...

...aterrador.

14

El coche, la carretera, como siempre.

Y la luz, la luz que se acercaba implacable y cegadora como el foco de un tren en el oscuro túnel. Julio estaba mentalizado de que no debía tener miedo, pero no pudo evitar gritar con todas sus fuerzas, una vez más, cuando el torbellino multicolor se le acercó.

Pero esta vez resistió, permaneció inmóvil, sin respirar siquiera.

Entonces el torrente de luz y color le engulló de súbito, como una rana atrapa a una mosca. Julio percibió que estaba rodeado por el torbellino lumínico. Daba vueltas acompañando a los millares de lucecitas, sintiendo frío y calor, miedo y esperanza, todo a la vez. Tenía los sentidos confundidos, embotados, como si fuese un ordenador con un virus en el disco duro.

De pronto, todo cesó. Desaparecieron las jodidas lucecitas.

De nuevo estaba solo y a oscuras, sin saber qué hacer ni dónde estaba. No veía nada, ni siquiera dónde apoyaba los pies, porque... estaba flotando, sí. Algo le sujetaba y le impedía caer, aunque realmente no había nada con lo que golpearse en una hipotética caída.

Se sentó y entonces pudo ver, sorprendido, que bajo él surgía, como de la nada, un suelo; un suelo en el que pudo descansar, con baldosas de mármol color nácar, frías y duras como el hielo. El suelo cubrió una extensión de unos quince metros cuadrados y luego cesó su crecimiento horizontal. Empezó entonces a crecer hacia arriba, vertical. Lenta y progresivamente surgieron paredes como los cuernos de un caracol al sol.

Julio miró entonces hacia donde debería estar el techo, para comprobar si también estaba creciendo de la misteriosa forma en que estaba surgiendo todo, y gritó asustado.

Había visto a alguien.

El corazón comenzó a latirle con fuerza, notando las palpitaciones en todas las venas y arterias de su cuerpo. Empezó a sudar otra vez, no dejando descansar los poros. Intentó tranquilizarse y, armándose de valor, echó otra ojeada.

En el fantasmal techo se dejaba ver un ser que, como él, estaba sentado. Pero le había visto desde arriba, la cabeza debajo de los pies.

Qué idiota soy— pensó Julio, cuando lo comprendió. Miró de nuevo para comprobar que el techo era un espejo y, naturalmente, se reflejaba.

Bajó la vista y vio que, mientras se asustaba de sí mismo, parte de la pared había desaparecido y en su lugar había puertas.

Siete magníficas puertas de colores: rojo, amarillo, verde, azul, negro, gris y blanco.

Intentó ponerse cómodo, tumbado, contemplando las siete puertas. La habitación tenía forma de heptágono y, si las cuentas no fallan, en cada lado del polígono, una puerta.

Julio intuyó que en alguna de ellas estaría la respuesta a sus males, el remedio a su pesadilla. Pero, en las demás, seguramente le esperaban el miedo, el terror y la locura interminable.

No se sentía con fuerzas como para tomar una decisión que se antojaba trascendente. Estaba cansado, ya había soñado bastante, y sintió que se dormía en su propio sueño. Sus párpados parecieron trocarse en plomo y cayeron irremisiblemente, cerrando los ojos.

15

—Así que siete puertas, ¿eh?— dijo el doctor Morales.

—En efecto— confirmó Julio. —Cada una de un color distinto, una en cada lado de la habitación heptagonal, ¿comprende?

—Sí, sí.

—Y el techo se reflejaba perfectamente como un espejo.

El buen doctor daba vueltas por el despacho como un tigre enjaulado. El desenlace de las luces le había dejado perplejo, igual que si vuelves del veraneo y te encuentras con el piso «limpiado». Lo de las puertas era algo que no esperaba y estaba al margen de todos sus estudios e hipótesis.

Julio, tumbado en el diván de cuero que ya le era tan familiar, comenzaba a ponerse nervioso. Evidentemente, la historia no le había gustado al sicoanalista que, tras mucho cavilar, rompió el silencio.

—Está claro que el sueño continúa. Debes abrir alguna puerta.

—¿Cuál de ellas?

—No sé..., la verdad es que esta situación es desconcertante. ¿No recuerdas más detalles de las puertas? ¿Cómo se abren?

—No me fijé, ni siquiera sé si podrán abrirse, si tendrán picaporte o algún tipo de cerradura.

—La solución es que esta noche continúes adelante abriendo alguna de ellas.

En ese instante alguien golpeó suavemente con los nudillos la puerta de la consulta.

—Adelante.

La gruesa y morena cara de Ángel emergió por la rendija.

—¿Han acabado por hoy?— dijo. —Es la hora.

- Si, Ángel. Ya acabamos. ¿A qué viene tanta prisa?
- Le prometí a nuestro amigo que hoy le llevaría al «salón de recreo», ¿verdad?
- Eso es— confirmó Julio.
- Estupendo— exclamó el doctor. —Entonces, hasta mañana, Julio, y ... suerte.

Cuando el enfermero y su paciente desaparecieron de la vista, Morales revisó el historial del próximo paciente que tendría que atender. Sin embargo, no podía quitarse de la mente el caso de Julio.

—Siete puertas...— dijo pensando en voz alta, —siete puertas...

16

Ante sus asombrados ojos se alzaba el famoso «salón de recreo». Era una descomunal estancia rectangular de unos cien metros cuadrados, con cristales en lugar de paredes (para vigilar a los locos -pensó Julio-). Ese detalle le daba a la estancia una apariencia peculiar, como si fuera una enorme pecera, un acuario en el que se exhibían enfermos mentales en lugar de tiburones o cualquier otro escualo. Había numerosas mesas blancas de plástico en las que los inquilinos se entretenían con diversos y variados juegos, algunos de los cuales Julio no reconoció. No había más mobiliario. En una de las esquinas había apalancada una enorme televisión de muchas pulgadas. No se veía ni a médicos ni enfermeros, aunque en el ambiente flotaba un tufillo mezcla de formol, medicamentos y guantes de látex que confirmaba que no debían de andar muy lejos.

—Adelante, entra sin miedo— le animó Ángel. —Conocerás nuevos amigos. Más tarde pasaré a recogerte.

Así que Julio atravesó la puerta (qué raro, no está cerrada -pensó-) y entró.

Dentro hacía fresquito, el aire acondicionado estaba un poco pasado de rosca. Ninguno de los presentes se percató de su presencia. Todos parecían ir a lo suyo y no le hicieron ni puto caso. Reinaba una calma casi propia de una biblioteca.

Yo me abro -pensó Julio-. Se dio cuenta entonces, al darse la vuelta, de que las paredes que desde fuera parecían transparentes, desde este lado eran como un espejo, como en las salas de identificación de las comisarías (quizás, como en el techo de la habitación del sueño). Cogió el pomo de la puerta e intentó girarlo, en vano. No se abría desde ese lado.

—Vaya putada— exclamó en voz alta.

No tuvo más remedio que dirigir su atención a los demás. Fue a sentarse en una mesa donde un hombre jugaba con unos dados que tenían letras en lugar de los clásicos puntos. El tipo aquél tiraba sus diez dados, cada uno, a su vez, con diez letras. Los tiraba y los recogía continuamente. En una de las ocasiones, después de

tirarlos, no los recogió de inmediato, si no que los colocó en fila. Parecía que se había formado una palabra.

I L O M Q T H E R P

No tenía sentido, naturalmente.

—Hola, compañero— dijo Julio aprovechando la pausa. —¿A qué juegas?

El tipo no le hizo caso, recogió los dados y los volvió a tirar, colocándolos en fila después.

N B A H G U I Z O U

—Disculpa— insistió Julio. —¿En qué consiste el juego?

Al fin, el tipo levantó la mirada de los dados, con un gesto que no disimulaba su fastidio por la interrupción. Aparentaba unos 40 años, barba de tres días y pelo escaso y revuelto.

—No es que no te lo quiera explicar— dijo con voz gastada y quebradiza, —es que pierdo el ritmo.

—Se trata de formar palabras, ¿no?

—Las palabras salen solas— dijo el otro muy serio, tirando de nuevo los dados.

F L Q D E S T I C M

—Podrías tratar de ordenar las letras que salen y formar palabras con sentido— sugirió Julio.

—No, las palabras deben salir solas, surgir por sí mismas.

I G E F M A M J X A

—¿Y salen muchas?— inquirió Julio.

—Hay días que salen cuatro o cinco. Sin embargo, pueden pasar semanas sin que aparezca ni una sola.

—Pero, ¿cuánto tiempo llevas con esto?

—Desde que estoy aquí, hará unos diez años.

—¡Joder!— exclamó Julio. —¿Y no te aburres?

—No tengo nada mejor que hacer.

E P S O Ñ O A I O M

—¿Y qué tipo de palabras salen?— Julio empezaba a tomarse el asunto a cachondeo.

—De todo, algunas corrientes como «hidrógeno», y otras graciosas como «cochinosky».

R T B O R J A T C K

—¿Y algún taco?— preguntó Julio, curioso.

—No que yo recuerde. No sé si al que jugaba antes con esto le saldría alguno.

N T B O R J A T V B

—¿De veras no estás hasta los cojones?

—No. Pienso seguir así hasta que salga de este lugar o hasta que...

O B R D I A J B R Q

El hombre dejó la frase incompleta y los dados quietos. Estuvo largo rato pensando, como si tuviera que afrontar una sublime decisión. Se pasó las temblorosas manos por los sucios cabellos, masajeándose el cerebro como si quisiera ayudarle a funcionar algo mejor.

—¿Quieres probar tú?— dijo, al fin.

—¿Cómo?— dijo Julio.

—Sí. Tira los dados.

—No, gracias. No me interesa— dijo Julio levantándose de su silla. —Voy a ver un poco la tele.

—Vamos, quizás tengas suerte.

—No quiero, ¿me oyes, loco estúpido?— dijo Julio, levantando la voz más de la cuenta. —No quiero acabar como tú.

—Sólo una vez— insistió el tipo estoicamente.

—Está bien— se tranquilizó Julio. Decidió que no le pasaría nada por lanzar unos inofensivos dados, y de esa forma el tipo le dejaría tranquilo.

Metió los dados en el vaso y los tiró sobre la mesa. No los miró siquiera.

—Ja. Menuda pérdida de tiempo— exclamó Julio. —A saber qué tontería habrá salido...

Se alejó del chalado de los putos dados. El tipo se quedó situándolos en fila para que pudieran leerse bien. No había surgido una palabra, era una frase, aunque a él en particular no le decía nada.

A B R E L A R O J A

• • • • •

Se acercó al televisor de la esquina. A pesar de que el aparato era enorme, había tres o cuatro que tenían la nariz a medio metro de la pantalla. Problemas de vista, quizá.

En ese momento no había imagen, todos esperaban impacientemente. Entonces empezó la musi-quilla y el comienzo de los típicos dibujos animados del conejo de la suerte. En esta ocasión, se la pegaba al pato Lucas. Divertido, pero para niños de hasta diez o doce años. Patético para adultos de más de

treinta. Era increíble cómo aquel grupo de gente se lo pasaba en grande con semejante estupidez, hombres y mujeres maduritos viendo embobados dibujos de la «Metro» para la televisión.

—Esto esto es tototodo aaamigos— dijo el conejo tartamudeando alegremente.

La pantalla quedó en negro al acabar el capítulo. Entonces se escuchó un ruidito zumbante. Julio descubrió que era el vídeo rebobinando. Cuando estuvo la cinta al principio, empezó un nuevo episodio ... o... no podía ser.

ERA EL MISMO.

En cuestión de segundos Julio comprobó sobresaltado que era el mismo episodio. Lo veían continuamente, el vídeo estaba programado para reproducir una y otra vez una cinta de no más de cinco minutos. Increíble pero cierto. Con razón se veían los colores difuminados... la cinta debía tener miles de pasadas.

Se alejó de aquellos tarados como alma que lleva el diablo. No es que le desagradaran los dibujos, pero ver lo mismo tantas veces seguidas... pues era de locos, ni más ni menos.

Agarró una baraja de cartas y buscó una mesa libre intentando pasar desapercibido. Ya no le importaba que no le hicieran ni puto caso. Mejor así.

Empezó un solitario, el caso era pasar el rato sin deprimirse viendo los descuajaringados mentales que le rodeaban. Al menos, no parecían peligrosos.

No le dio tiempo a terminar el solitario. Un tipo se sentó frente a él. Era pelirrojo y una proporcionada sonrisa adornaba grotescamente su feo rostro salpicado de pequeñas y abundantes cicatrices de viejo acné juvenil.

—Hola— dijo. —Me llamo Carlos.

—Julio Muñoz— Julio le estrechó la mano. Este Carlos daba la impresión de ser una persona seria, a pesar de su careto de colador...

—Eres nuevo aquí, ¿verdad?

—Sí. ¿Tanto se nota?

—La verdad es que sí.

—¿En qué?— espetó Julio.

—En tu sorpresa al descubrir lo de la tele, o en jugar al solitario. Eso es precisamente lo que todos hacemos cuando venimos aquí por primera vez. Te aseguro que acabarás por aborrecer los naipes.

—Vaya— dijo Julio con sorna, —¿eres un experto en la ciencia del comportamiento humano?

—Simplemente soy observador.

—Pues obsérvame bien porque pronto saldré de este puto manicomio porque..., ¿sabes?, yo no estoy loco.

Julio no podría imaginarse jamás que sus palabras producirían semejante efecto. Carlos rompió a reír a carcajada limpia, retorciéndose temerariamente sobre la frágil silla de material plástico. La risotada de Carlos pronto se contagió al resto de los presentes y, en unos segundos, todos los locos se reían al unísono como si hubiesen escuchado el mejor chiste de sus vidas. Julio experimentó entonces la desagradable sensación de que todos y cada uno de esos tarados sabían perfectamente de qué se reían, de quién se reían... Se puso rojo como un tomate. Jamás había pasado tanta vergüenza, ni siquiera el día en que unos bromistas compañeros de clase, en secundaria, le bajaron los pantalones de un tirón, dejando al aire sus tiernas vergüenzas delante de todas las chicas quinceañeras de medio instituto.

Afortunadamente, la carcajada y el desparrame general fueron remitiendo, aunque poco a poco. Cuando ya todos se calmaron, empezando por Carlos, éste volvió a hablar.

—Oye, perdona si te hemos ofendido...
 —¿Qué pasa? Soy el único cuerdo aquí, ¿verdad?
 —Locos... cuerdos...— pensó Carlos en voz alta. —¿Quién los distingue? ¿A quién le importa? Si tú me crees, yo te creo. Esa es mi filosofía.
 —Muy bien— asintió Julio. —¿Qué coño pintas aquí, entonces?
 —Es que soy un privilegiado porque puedo ver y escuchar a mi Ángel de la Guarda.
 —Pffffff, ja , ja— Julio no pudo contener la risa.
 —¿Ves?, ya empezamos.
 —Está bien— dijo Julio. —Admito que no es imposible. Hablas con tu angelito particular. ¿Y qué te dice?
 —Oh, me habla mucho de temas variados. Me aconseja sobre lo que debo y no debo hacer...
 —Ah, claro. Y ahora mismo, ¿qué te dice?
 —Sólo hablamos cuando estamos solos.
 —Claro, para respetar la intimidad... Lo entiendo.
 —No te lo tomes a cachondeo. Es tan cierto como que los chinos tienen la piel amarilla.
 —Está bien, está bien...
 —¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?
 —Tengo la desgracia de soñar todas las noches lo mismo.
 —Eso no parece ser mucho problema— sentenció Carlos.
 —¿Eso crees?
 —La verdad es que aquí hay de todo. Uno dice que ha estado en una nave espacial con extraterrestres incluidos; ese de allí, el de los dados, me contó que en cierta ocasión se folló a la mismísima Marilyn mientras Elvis les tocaba una balada en la misma habitación; otro afirma que ha estado en el más allá y que ha conocido a La Muerte... y yo les creo a todos, ¿sabes?, porque ellos me creen a mí.

Julio no supo qué responder.

—También los hay que están realmente mal— siguió Carlos, —no sé si me explico..., gente capaz de echar espuma de afeitar en el cepillo de dientes o pasta dental en la cuchilla, y quedarse tan tranquilos. Tienen la cabeza más vacía que los intestinos de alguien que acaba de cagar.
 —Vaya comparación...

—Tan dura y apestosa como la vida misma.

—¿Sabes, Carlos? A veces pienso que todo esto es un sueño, una pesadilla gigantesca, y que algún día despertaré por fin en un mundo mejor.

—Sí, ¿por qué no?— dijo Carlos sonriendo.

—Y es que todas estas historias sin sentido no parecen tener cabida en un mundo real, creo.

La sirena que anunciaba la hora de la comida interrumpió su conversación.

17

—Me llevaré el vestido rojo y los zapatos a juego.

—Muy bien, señora.

Laura había salido esa tarde de compras, como casi todas. Adquirir nuevos complementos y vestiditos para su nutrido armario era su deporte favorito, y la mejor manera de gastar dinero.

Dinero. Jodido dinero de lotería. Si no fuera por su manía de comprar compulsivamente, se le acumularía el capital a su marido en el banco. Al fin y al cabo, tener dinero es como no tener nada. El dinero no sirve una mierda justo hasta el momento en que te lo gastas.

—¿Efectivo o tarjeta?

—Tarjeta.

Sacó la «Visa Oro» de su cartera de piel de cocodrilo, recreándose en el movimiento de sus dedos acariciando la suave y curtida piel, y la posó sobre la abierta mano de la dependienta.

—Señorita— preguntó Laura, —¿podría decirme qué saldo tiene disponible la tarjeta?

—Lo siento, señora, pero yo no dispongo de esa información.

Claro que no. ¿Cómo cojones iba a tener esa puta información? Hay que pensar, Laura. No te pongas nerviosa. Antes de hacer preguntas estúpidas, usa tu cabecita para algo más que servir de soporte a tus caros sombreros de diseño parisino.

Salió de la tienda con las manos cargadas de bolsas de ropa nueva que dejó caer en el maletero de su viejo utilitario. Para poder colocar todas sus nuevas adquisiciones, primero tuvo que apartar a un lado las cajitas rectangulares con los triángulos de emergencia y la caja de cartón llena de botes que Laura suponía que debían servir para limpiar el coche (algo que ella jamás había hecho ni tenía la más remota intención de hacer, faltaba más). ¿Para qué quieres otro coche, cariño, si el R-5 aún anda de

maravilla?— decía su marido. —Y una mierda. No tenía ni aire acondicionado, ni air-bags, ni dirección asistida... Si les sobraba dinero, ¿por qué el capullazo de Julio no le daba un par de kilillos para un coche nuevo?

A duras penas (el R-5 se calaba en los semáforos), llegó hasta el banco aparcando justo delante del cajero automático. Al menos tendría suerte en algo. Metió la tarjeta por la ranura destinada al efecto y esperó que la pantalla diera señales de vida. Al principio, lo único que le enseñó fue una negrura sólo rota por los defectos grisáceos del tubo de imagen. Luego, unas débiles letras con el anagrama del Banco Chupador De Sangre parpadearon tímidamente, hasta que unas frases se dejaron ver claramente. Laura escogió la opción de «consulta de saldo».

Sus más negras previsiones se hicieron realidad como nubarrones en el cielo otoñal antes de la tormenta. Apenas le quedaban dos mil durillos en su cuenta de ahorro.

Regresó al coche, abatida. Era consciente de que no debía quedarle demasiado, pero no tenía ni idea de que estuviera desplumada de tal manera. Al desplomarse temerariamente contra el desvencijado asiento, no pudo evitar que su reciente visita al notario aflorase súbitamente a su cabeza como sube la leche al hervirla. Aquel fatídico día visitó a un abogado que le había recomendado su íntima amiga Merche, en el transcurso de una de aquellas conversaciones trascendentales entre mujeres que sólo pueden darse en las condiciones óptimas que para tal menester ofrecen las esperas en las peluquerías de señoras.

—Lo siento, señora Méndez— había dicho el abogado, —pero todos los bienes están puestos a nombre de su esposo.

—¿Todo?— preguntó Laura estupefacta.

—Absolutamente todo: cuentas de ahorro, las letras del Tesoro, los restaurantes y los chalets de Marbella y Mojácar...

Laura no pudo disimular su decepción.

—Usted sólo puede disponer del efectivo que hay en su cuenta de ahorro— añadió insensiblemente el abogado. —Además, en un hipotético divorcio, no le auguro éxito económico.

Una idea cruzó la mente de Laura.

—¿Mi marido tiene hecho testamento?

—Que yo sepa, no.

—Entonces, si muriera... los bienes pasarían a mi propiedad, ¿no?

—Pues sí, hablando rápido y descontando impuestos...

18

Julio escapó como pudo del «salón de recreo» y se recluyó en su cuarto. Sólo Carlos le había dado muestras de tener algo más en el cerebro aparte de paja. Los demás, como cencerros.

Pero eso no era lo peor.

Cuando se fue, les miró a los ojos. Un largo vistazo, intentando sumergirse en sus mentes y diagnosticar lo que por ellas pasaba, con la misma atención y rigor con que un médico examina la radiografía de su paciente favorito.

Y pensó que, más que un salón de recreo, aquello era la más horrible hemeroteca de la locura. Entre sus acristaladas paredes se amontonaban vidas perdidas, ilusiones decapitadas, esperanzas imposibles y sueños que nunca se harían realidad... Ni el mismísimo Stephen King sería capaz de diseñar un grupo humano tan heterogéneamente ido de la chaveta.

Pero también había personas que, como Carlos, habían cambiado, habían evolucionado. Supieron adaptarse a la vida dentro del manicomio, superando las adversidades, y por eso Julio les admiraba. Por su entereza. Por su capacidad para sobrevivir. Porque intentaban ganar la dura lucha de la supervivencia a pesar de que sabían que ese partido lo tenían perdido desde el principio, debido a un árbitro amañado jugando a ser dios.

Por todo eso, Julio les admiraba.

Y porque él, de momento, no se encontraba con fuerzas para hacer lo mismo.

19

Condujo sin rumbo durante largo rato, dándole vueltas a la cabeza. Dejó que el R-5 circulara por donde quisiera, quemando gasolina y aceite sin un bien provechoso, sin un lugar determinado a dónde ir. Una actitud que no verían con buenos ojos los ecologistas ahorradores de combustible.

Pero hay personas a las que vagar en el coche les ayuda a pensar, como si el movimiento circular de las ruedas ayudara a poner en marcha los engranajes del pensamiento.

Laura era una de esas personas, y había llegado a la terrible conclusión de que, económicamente hablando, estaba con la sogá al cuello.

No podía esperar más.

No debía alargar la agonía.

Era imprescindible rematar la faena, un plan gestado durante meses y llevado a cabo con implacable precisión.

Noche tras noche... las gotitas en el agua, en la cerveza, en la sopa...

Benditas y alucinatorias gotitas. Y caras también, coño.

Pero ahora se había acabado el juego. Se terminó la coba. Adiós a la falsa e hipócrita piedad.

Frenó chirriantemente al lado de una cabina telefónica. La línea continua amarilla que pisaba el coche le daba exactamente igual. En un par de días, como quien dice, sería millonaria. No le importaba otra jodida e insignificante multa de aparcamiento. Además, qué cojones, sería un momento.

—¿Puedo hablar con el enfermero Ángel?— preguntó tras realizar el sabido ritual de llamar por una cabina.

—Sí, un momento.

No tuvo que esperar demasiado.

—¿Sí?

—¿Ángel?

—Sí, soy yo.

—Soy Laura Méndez. Hoy es el día.

—¿Cómo dice?

—Lo que has oído... No te extrañes, te advertí que este momento llegaría. Y como ves, ha llegado. ¿O te creías que ibas a cobrar por nada?

—Pero señora...

—Nada de peros.

—Lo cierto es que no estoy seguro...— la voz de Ángel dudaba.

—Te daré el doble de lo que acordamos.

—No es cuestión de dinero, aunque ya que lo ofrece...

—Entonces, ¿cuál es el puto problema?— Laura empezaba a levantar la voz. —Lo único que tienes que hacer es echar diez gotas en vez de dos. Así de sencillo. Creo que no te exijo mucho.

—Está bien— dijo la voz de Ángel tras unos segundos de meditación. —Cuente con ello.

20

Julio se tumbó en la cama a esperar que llegara Ángel con la cena. Aunque se sentía cansado, no tenía apetito. Sólo tenía sueño, mucho sueño.

Así que quería dormirse cuanto antes pese a saber que la pesadilla, inevitablemente, cobraría forma de nuevo, torturando sus descontroladas neuronas y torturando sus pensamientos.

Al fin entró el enfermero con la bandeja. Acelgas, pollo, una manzana y... agua.

Agua con algo más. Sí. Con demasiadas gotitas de cierta sustancia alucinatoria; una sobredosis de sueño y muerte aderezados con horror de pata negra.

Ángel fue a colocar la bandeja sobre las rodillas de Julio, pero éste lo impidió con un gesto inequívoco.

—No, gracias— dijo. —Esta noche no cenaré. No tengo hambre.

Ángel comenzó a palidecer. Los planes se desmoronaban como un castillo de naipes al que le enchufas un ventilador a plena potencia.

—Sólo beberé un poco de agua— añadió Julio.

Se trincó todo el vaso y Ángel recuperó el color en el rostro. Se sintió como un verdugo que descuelga el hacha sobre el desnudo gáznate de la víctima. ¿Inocente o culpable? No lo sabía ni le importaba. Lo único que le interesaba era el dinero que le daría la mujer. Sí. En efectivo, contante y sonante; pesetas que contribuirían a completar espectacularmente su modesta nómina de enfermero de segunda en un manicomio de provincias. El no era un asesino. Sólo el correo. La asesina era Laura, y sería ella la que tendría que ajustar cuentas en el infierno. El, no.

Aunque, en el fondo, era consciente de que no merecía llamarse Ángel.

Segunda parte: La habitación de las siete puertas

Tengo miedo de despertar

21

Julio había cerrado sus ojos castaños y a los pocos minutos estaba profundamente dormido.

Al abrirlos de nuevo, la cama y el manicomio se habían esfumado. Estaba en la habitación heptagonal. Esta vez el sueño había transcurrido mucho más deprisa, sin preámbulos de coches, carretera ni lucecitas giratorias. Julio se encontró directamente cara a cara con las siete puertas de colores rodeándole. Las veía nítidas y reales como nunca. No parecía un sueño, era realidad.

Miró alrededor, pero no había otra salida posible. No tenían cabida triquiñuelas ni trucos en ese escalofriante juego de azar, ni una salida trasera para rehuir el puzzle. Debía abrir alguna de las puertas y escapar de la fría y heptagonal habitación que ya empezaba a ponerle nervioso.

Así que se acercó parsimoniosamente a la puerta amarilla. No la eligió por ningún motivo especial, pues no era especialmente supersticioso. Sin embargo, era la que más le había llamado la atención por su chillón colorido. Subconscientemente, quizá pensó que el amarillo es el color típico del sol, centro del universo. Por tanto, la puerta amarilla debería ser primordial.

Fue a abrirla y no necesitó tocarla siquiera.

Sólo imaginarlo.

Se abrió de par en par de un portazo y entonces una ráfaga de aire y arena cegó sus ojos y le tiró al suelo con empuje incuestionable. Ni un enorme ventilador de 10 metros de diámetro, girando al máximo de velocidad permitido por las leyes de la física, podría haber generado semejante corriente de aire. Las finísimas partículas de arena que impregnaban ese aire parecían querer meterse en su cuerpo, por la fuerza bruta, a través de los poros de su piel.

Por fortuna, el extraordinario vendaval duró muy poco tiempo, el necesario para que perdiera el sentido.

22

Cuando recuperó sus funciones sensoriales, lo primero que notó fue calor, mucho calor agobiante y pegajoso que empezaba a maltratarle física y moralmente. Meterse en un coche a las tres de la tarde (un coche que llevara al sol todo el día) resultaría fresquito, comparado con eso.

El astro rey, en todo lo alto, descargaba sus devastadores rayos con malicia. En el horizonte no se distinguía nada aparte de la arena fina y caliente que le rodeaba por todas partes formando dunas de todos los tamaños imaginables. El viento rugía sin compasión y le azotaba el rostro mientras empezaba a sudar copiosamente. Estaba en un desierto, de eso no cabía duda.

Para intentar salir de aquel condenado lugar, echó a andar siguiendo la dirección del viento, según había aprendido en sus clases de geología, porque, aunque no los veía, aquel desierto tendría límites. Nada es infinito, al menos en el mundo real.

Muy pronto sintió sed y cansancio; la piel se le reseca por momentos y tenía la boca seca, los ojos como uvas pisadas y los labios más morados que la sotana de un obispo.

Caminaba arrastrando penosamente los pies, dejando atrás un par de surcos que hollaban la inmaculada arena. Si alguien le hubiera visto desde arriba y lejos, le habría parecido una hormiguita cruzando por un montón de sal.

Entonces, cuando ya pensaba que la desagradable sensación de sed no podría alcanzar cotas más despiadadas, sus engurruñidos ojos divisaron algo nuevo en la lontananza, un objeto inconfundible y deseado: un botijo.

¿Qué coño pinta un botijo en mitad del desierto? Estaba muy claro que era un espejismo, y Julio lo sabía tan bien como usted, apreciado lector. Pero merecía la pena intentarlo, ¿no?, esforzarse para cogerlo y aliviar su sed terminal.

Intentó correr, mas físicamente no podía. Los pies se le hundían hasta los tobillos y la ardiente arena se los quemaba como chorizos de cerdo ibérico en una barbacoa repleta de brasas. Conforme se acercaba, Julio notó que la arena tenía un color distinto en los alrededores del botijo, como si estuviera más fría, y que empezaba a hacer menos calor. Le dio la impresión de que se trataba de un microclima inmunizado contra los rayos solares, un pequeño oasis celestial en el corazón de aquel infernal desierto.

Julio entró en el oasis y el calor se acabó igual que si hubieran cerrado la puerta del horno. El sol seguía pegando de lo lindo, pero los rayos de luz parecían difuminarse en una invisible y protectora capa de frescor paradisíaco, una cúpula de frescor incontestable.

Se acercó al botijo. Parecía real, normal. Un simple botijo, sin estampaciones ni adornos, de diseño convencional. Uno como el que cualquiera puede tener en el patio de su casa.

No era un espejismo. O, al menos, no lo parecía.

Lo tocó: estaba fresquito, tal como podría imaginarse.

Lo subió por encima de su cabeza y se dispuso a que cayese en su boca el chorrito de agua del botijo. En efecto, el líquido e incoloro elemento regó sus fauces. Pero no pudo beber mucho. Extrañamente, el agua le quemaba, a pesar de que estaba fría.

¿Por qué?

Porque no era agua.

Era alcohol puro: líquido incoloro, pero con sabor y olor.

Escupió inmediatamente lo poco que había bebido y lanzó el puto botijo contra el suelo. No se rompió, pues la arena amortiguó el golpe, pero el alcohol comenzó a rezumar del cuerpo del botijo como la sangre de un tipo matado a balazos con una «Uzi» 9 milímetros.

Acto seguido el microclima se esfumó; el calor había regresado triunfante con todo su esplendor. Para entonces ya tenía aún más sed que antes, por culpa del poquito alcohol que había ingerido. Para colmo, empezaba a hacerle efecto.

Se estaba mareando. Justo lo que necesitaba para empezar a sentirse jodidamente mal.

El desierto entero giraba lentamente a su alrededor, como si él fuera el sol y las dunas los planetas. Entonces, escuchó un ruido a su espalda, el sonido de unas piernas luchando contra la arena para poder avanzar, un sonido como el que él mismo produjo antes de llegar al desaparecido oasis.

Julio se dio la vuelta en dirección al ruido. Lo que vio sí que era normal en un desierto: un enorme moro a lomos de su camello se le acercaba dejando tras de sí una estela de fina arena.

«Aquí está mi salvador» pensó Julio. «Este amable señor musulmán, siguiendo las enseñanzas

que Mahoma inculcó a través del Corán, me va a ayudar a escapar de este puto desierto y, además, me va a pasar un cubata muy fresquito de Dyc con Cola».

¡Qué equivocado estaba!

Y lo comprobó en cuanto le miró a los ojos. El moro emanaba odio y maldad igual que su puro humeaba lenta pero constantemente. No dio la impresión de ser una persona que dedicara su tiempo libre a leer. Y menos aún, el Corán. Más bien, ese pedazo de humanidad tenía pinta de pasar su tiempo libre dedicado a la taxidermia, o a estudiar un cursillo por correspondencia llamado «cómo hacer una autopsia con una navaja de Albacete».

El del puro se detuvo a unos cinco metros de Julio y se quedó quieto dando caladas a su habano. No dijo nada. Ni «buenos días», ni «hay que ver qué calor hace hoy». Parecía estar esperando algo. Y Julio no tenía ni idea de lo que podía ser.

Entonces algo húmedo contactó con sus pies: el alcohol del botijo estaba empapando sus zapatos y sus calcetines.

Miró de nuevo al moro. Una sonrisa (o algo bastante parecido) se había dibujado en su poblada barba. Ya sabía lo que había estado esperando.

—No...— dijo Julio.

—Pues... sí— dijo el camellero mientras lanzaba la colilla del puro a los pies de Julio, con extraordinaria puntería. La carcajada se aclaró en su feo rostro, dejando ver unos dientes tan amarillos y dispersos como la misma arena.

El alcohol prendió al instante y empezaron a arderle los pies.

—Aaahh— gritó Julio de dolor.

Acto seguido, el habitante del desierto comenzó a cabalgar a su alrededor, trazando círculos de los cuales Julio era el centro. Conforme el moro giraba más y más deprisa, riéndose con una risotada inhumana, Julio notó angustiado que la arena le engullía poco a poco. De esta forma se apagaba el fuego, pero, a cambio, se sumergía en la arena.

Pensó que aquel jodido desierto era un ser vivo que, como cualquiera de su especie, tenía hambre. Y ese regordete soñador que era Julio, sin duda era un buen bocado. Le engullía con celeridad, ávido de carne.

En unos minutos que se le hicieron eternos, Julio estuvo enterrado hasta el cuello. Antes de hundirse del todo, pudo ver y oír por última vez al moro.

—Jaaaaaaa, ja, ja— gritaba éste. —Te equivocaste de puerta, ja ja ja, te equivocaste de puerta...

El moro estaba feliz de nuevo. Había conseguido expulsar de su desierto de ilusión a otro soñador despistado.

23

Debajo de la arena estaba la habitación. Parecía tener vida propia, pues se estaba transformando, encogiéndose y estirando sus paredes como los cuernos de un caracol al sol. Ya no era heptagonal, sino hexagonal. Las puertas cambiaban de forma y tamaño caprichosamente; las paredes se amoldaban de forma continua y perfecta a la nueva situación geométrica.

Aunque la puerta amarilla había desaparecido, Julio no la echaría de menos. Jamás la atravesaría de nuevo. No le hacía mucha gracia tener que enfrentarse al calor agobiante, el botijo con más alcohol que una botella de tequila y, sobre todo, no deseaba toparse de nuevo con aquel moro cabronazo con cara de pocos amigos que fumaba puros constantemente, como si necesitara ese asqueroso humo tanto como el oxígeno.

Desde luego.

El guardián del desierto le había dejado su tarjeta de visita, y en ella se especificaba, con riqueza tipográfica, que la próxima vez no tendría piedad.

No habría próxima vez— pensó Julio. —Y ahora tocaba decidir. Aún quedaban seis puertas por explorar, seis aventuras que correr o seis pesadillas por vivir.

Y allí estaba, confuso ante las inquietantes y cerradas puertas, con la esperanza de salir con vida de esta situación desesperada. ¿Esperanza? ¿El color de la esperanza?

Con renovada fe se dirigió hacia la puerta verde.

24

Tampoco esta vez tuvo que abrir físicamente la puerta. Al acercarse a ella, cambió su entorno. Viajó a otro lugar en el transcurso de un instante, tele transportado a un nuevo puzzle dentro de su propio sueño.

Esbeltas hacia el cielo azul sin nubes se levantaban frondosas palmeras. La exuberante vegetación le llegaba hasta la cintura, acariciándole su ligera barriga de hombre acomodado y sedentario. Una suave brisa hacía vibrar las hojas de los árboles, obteniéndose una musiquilla sensual, dulce y monócorde que le produjo cierta sensación de sosiego.

Aquello estaba bien. Siempre es mejor un bosque a un desierto. Al menos, la temperatura era agradable, unos 25 grados. A lo lejos se escuchaban alegres pajarillos entonando sus mejores melodías. Algunos animales de tamaño medio (supuso que serían monos) se desplazaban ágilmente por las ramas de los altos

árboles. El bosque estaba lleno de vida y Julio alcanzó a ver muchos otros seres que se movían febrilmente de un lado a otro, realizando sus tareas cotidianas. Le frustró sobremanera no lograr reconocerlos: no era capaz de distinguir una liebre de una ardilla. Al fin y al cabo, era un tipo de ciudad que sólo veía animales de verdad en los documentales televisivos o en fotos de revistas del National Geographic.

Empezó a pasear. Más que una pesadilla, esta vez parecía un sueño paradisíaco, el mejor que cualquier hombre puede imaginar (sin contenido erótico, claro). Dejó que, al respirar, el aire fresco y puro inundase sus pulmones mientras sus glóbulos rojos se cebaban con el oxígeno que habrían de repartir por todos y cada uno de los rincones de su cuerpo. Después del caluroso y agobiante desierto, aquello era tan refrescante como un buen vaso de agua fresca.

Pero entonces vio algo que le cortó la respiración.

Adiós a la sobredosis de oxígeno reparador.

Y es que parecía tan bonito que no podía ser verdad. Su mente entró de lleno en el prelude del horror, del miedo desenfrenado y del pavor más escalofriante. Otra vez ese sudor frío y pegajoso, que ya empezaba a resultarle tan familiar.

Lentamente se le acercaba un animal enorme, tan grande como un toro de lidia. Julio no sabía qué era porque, como ya sabéis, no es capaz de distinguir una pantera de un doberman. Pero daba lo mismo. Lo cierto es que un biólogo diría que era un zorro o, al menos, se le parecía bastante.

Sin embargo, la cuestión importante, el concepto, era que Julio estaba cagado de miedo. Las piernas se le quedaron bloqueadas en el suelo, como si hubiesen echado raíces igual que un sauce llorón. No podía huir. Se vio obligado a afrontar la dura prueba.

El zorro se le acercó hasta que lo tuvo muy cerca. Entonces pudo ver con detalle sus amenazadores ojos amarillentos y sus afilados dientes chorreando baba espesa y brillante.

Sorprendentemente el zorro se sentó como lo haría cualquier perro doméstico (con cuidado de no aplastarse la cola) y, como si fuese lo más natural del mundo, habló con voz gutural y un acento extraño pero comprensible.

—Hablemos— dijo.

—¿Quién eres?— dijo Julio, que también se había sentado a la sombra de una encina, no muy lejos del zorro pero tampoco demasiado cerca. La aparición de esa bestia no le había sorprendido. Lo que le había alucinado era el hecho de que podía hablar.

—Esa pregunta la debería hacer yo, ya que tú eres el extranjero. Pero bueno, como yo sí sé quién eres, te diré que me llaman Zvor, y soy el zorro más grandioso de todos los tiempos, espacios y dimensiones. Soy el Rey del Bosque.

—Pero..., ¿el rey no es el león?

—¡Y una mierda!— exclamó el animal. —Además, esto es un bosque, no una selva. Aquí no hay leones ni puta falta que hacen, ¿entiendes?

—Lo siento, no quería ofenderle.
—Lo sé, lo sé— dijo Zvor, comprensivo.
—¿Qué va a hacer conmigo?

—Aún no lo sé...— dudó el Rey, —la verdad es que ha sido largo el tiempo sin ver humanos por aquí. Tienes suerte de que mi hambre esté saciada, así que, de momento, no tengo intención de hincarte el diente.

—Se lo agradezco, Majestad.
—No me hagas la pelota y responde a una pregunta. ¿Cómo has venido a parar a mi bosque?
—Lo cierto es que no estoy seguro. Yo sólo abrí una puerta, y este lugar apareció como de la nada. Yo sólo pretendo marcharme cuanto antes y...
—Comprendo. Te diré lo que vamos a hacer— le interrumpió Zvor. —Me encantan las adivinanzas, ¿a ti no?

Julio no respondió.

—Bueno, es lo mismo— continuó el zorro. —Si no te gustan, te jodes como Herodes. Te propongo un trato: practicaremos el noble y ancestral arte de las adivinanzas. Utilizaremos el sistema de puntuación más sencillo. El primero que no sepa responder, perderá la partida. Si soy yo el que pierde, te dejaré marchar. Si pierdes tú, bueno..., la hora de la cena no está lejana...

—¿Tengo alternativa?
—No— dijo secamente Zvor. —Empieza de una vez.
—Bueno, lo cierto es que ahora...— sin embargo, en ese momento una viejísima adivinanza salió por su boca.

*«Oro parece
plata no es,
¿qué es?»*

Era una tontería como un camión, mas Julio no había tenido tiempo para pensar algo mejor. El caso es que la adivinanza había sorprendido al zorro. La solución era una fruta que no entraba en su dieta. Aún así, acertó.

—Es un plátano— dijo Zvor. —Buen comienzo, blanco y sabroso hombre... Ahora verás.

Zvor dio un par de vueltas caminando y luego recitó con voz solemne:

*«No se le ven las raíces,
y es más alta que un árbol,
sube arriba y arriba,
y no crece, sin embargo»*

—Una montaña— dijo Julio sin dudar.

La rápida y certera respuesta desconcertó visiblemente al zorro. Julio quiso aprovechar el momento y atacó con un nuevo enigma:

*«Canta sin voz,
vuela sin alas,
sin dientes muerde,
sin boca habla.»*

—Vieja pero bonita adivinanza. Es el viento, naturalmente.

Acto seguido el zorro propuso un nuevo y estremecedor acertijo:

*«No puedes sentirla ni verla
y ocupa todos los rincones,
no puedes olerla ni oírla,
está detrás de los planetas,
y al pie de las montañas,
llega rápido y se queda,
mata risas y vidas».*

Esto era demasiado para el pobre Julio. Le dolía la cabeza y estaba cansado, por lo que no era capaz de pensar con la claridad suficiente. Para colmo, Zvor empezó a pasearse a su alrededor trazando círculos cada vez más pequeños, acercándose irremisiblemente.

—¿No lo sabes?— siseó el zorro. —Recuerda el trato...

Afortunadamente, Julio había leído «El Señor de los Anillos» en cierta ocasión, cuando era un chaval. La respuesta llegó a su mente, lejana en el tiempo.

—La oscuridad— dijo, y lanzó otro ataque.

*«En este banco
hay un padre y su hijo,
el padre se llama Juan,
y el nombre del hijo
ya te lo he dicho».*

Era otro juego de palabras muy viejo, como el del plátano. Pero Zvor estaba acostumbrado a acertijos más complicados, por lo que éste le sorprendió.

—Vamos, viejo zorro— le espetó Julio. —¿Has agotado tu inteligencia?

—Dame tiempo, humano, dame tiempo...

El Rey del Bosque se retorció nervioso como un tigre enjaulado. Su gesto se estaba tornando ame-

nizador y asustó aún más a Julio. Éste empezaba a dudar de que aquel animal fuese a cumplir su palabra, si es que la tenía. De pronto, Zvor dio con la fácil respuesta.

—Esteban, Esteban— gritó alegremente, y sin pausa añadió:

*«Crece y se achica,
y nadie la ve,
no es luz y se apaga,
adivina qué es».*

Fue lo primero que se le ocurrió, pues el jabalí que se había zampado a media mañana le estaba dando mucha sed. Le dio la impresión de que esta vez le había pillado. Aquel zorro hijoputa sabía miles de adivinanzas, y Julio se estaba jugando la vida.

Entonces, como por arte de magia, Julio descubrió algo aún más sorprendente que lo del botijo en el desierto: un león se acercaba lenta y silenciosamente a espaldas de Zvor, que no parecía haberse percatado de la presencia del felino. El pobre Julio no sabía si avisarle, al fin y al cabo no se había portado mal con él, de momento.

Antes de que pudiera decidirse, el león atacó a Zvor por detrás. Con los poderosos músculos de sus patas traseras, voló en un salto cuya pista de aterrizaje era la yugular del zorro.

La pelea fue terrible. Julio fue un espectador de lujo en una sangrienta batalla que no tuvo nada que envidiar a las de aquellas tardes memorables en el Circo de Roma. La lucha fue tan completa, técnicamente hablando, que verla habría sido un placer tanto para un aficionado al boxeo como para un apostador en peleas ilegales de perros.

Pero el Rey ganó sin problemas. Le arrancó la garganta al león de una certera dentellada. Las cuerdas vocales del destronado Rey de la Selva colgaron de las fauces del Rey del Bosque como espagueti (con salsa de tomate, por supuesto). Este detalle hizo pensar a Julio que aquel león también sabía hablar, aunque no había tenido oportunidad de demostrarlo.

Luego, el zorro se limpió escrupulosamente el hocico con unas hojas de hierbabuena que crecían por allí, y se dirigió de nuevo hacia Julio.

—¿Entiendes ahora por qué no hay leones por aquí?— dijo Zvor, satisfecho por la victoria.
—¿Por dónde íbamos?

De súbito, su alegría se cortó en seco y un relámpago de odio surcó su mente. Se había percatado de un detalle.

—Será cabronazo— exclamó furioso. —Tú lo viste venir y no me has avisado...
—Esto... yo...

—Humano hijo de puta y desagradecido.... ¡te vas a enterar de quién soy!

Julio tuvo que salir por piernas para evitar tener que comprobar, en sus propias carnes, el poderío de las mandíbulas del cabreado zorro. Menos mal que Zvor no era muy rápido.

—¡De mí no se ríe ni mi padre!— seguía desgañitándose.

En su desesperada carrera de huida, Julio se estaba lastimando seriamente las piernas. Los arbustos se le enzarzaban y arañaban sus rodillas.

Después de un buen rato corriendo, cuando sus fuerzas estaban peligrosamente cerca de su límite, apareció en su camino un río. Comprendió que era su única esperanza de no terminar sus días en el estómago del zorro. Mi salvación— pensó Julio, —los zorros no saben nadar...

Aunque, la verdad, a estas alturas ya nada podría sorprenderle...

Se tiró al río como buenamente pudo y nadó velozmente hacia el centro de la corriente, dejando a Zvor con tres palmos de narices. Efectivamente, el Rey del Bosque no sabía nadar, o no quería mojar-se, que para el caso es lo mismo.

—¡Me las pagarás!— gritó, derrotado.

Julio se dejó arrastrar por la corriente, preocupándose sólo de mantener su cuerpo a flote. Zvor corría por el margen del río.

—Nos volveremos a encontrar, humano, ¡aunque sea en otro sueño!— tronaba la voz del zorro. —Y entonces, ¡NO ESCAPARÁS!

El Rey abandonó la persecución. Sabía que era inútil. Esa presa era inalcanzable para sus mandíbulas.

Julio siguió aliviado por el río, hasta que en esos momentos se dio cuenta del peligro que corría. Había salido de Guatemala para meterse en Guatepeor.

La fuerza de la corriente era cada vez más fuerte. No era capaz de salir de ella, y muy pronto sus pesimistas presagios se hicieron realidad: se acercaba a una catarata.

No pudo hacer nada por evitarlo.

En la larga caída, que se le hizo eterna, creyó ver que atravesaba la habitación hexagonal y salía de ella a través de la puerta azul.

25

Tras atravesar la puerta azul todo se convirtió en agua a su alrededor. Se vio sumergido en un mar o en un océano. Podría asegurar que se encontraba a mucha profundidad, pues la luz era escasa en aquel lugar. Los rayos solares llegaban muy débiles allá abajo después de viajar a través de bastantes metros cúbicos de agua.

Julio no era consciente de que no respiraba. En una indescriptible y extraña metamorfosis su piel era capaz de respirar, absorbiendo oxígeno y expulsando anhídrido carbónico y otros gases residuales. Era el sustituto perfecto de unos pulmones que, sin aire, eran tan inservibles como un preservativo para un castrado.

Ajeno a estos desconcertantes cambios morfológicos, Julio buceaba admirando las bellezas de las profundidades marinas. Había descendido hasta lo más profundo, el lecho marino, y allí se encontró con medusas, extrañas algas con aspecto de melenas verdes de bruja, peces de todos los tamaños y colores y, en fin, miles de criaturas y organismos maravillosamente extrañas.

Sintiéndose feliz y dichoso, se permitió el lujo de nadar entre un pequeño banco de peces. Estos ni mucho menos se asustaron: al contrario, parecieron disfrutar con su nuevo y humano compañero y se arremolinaron en torno a él, haciéndole cosquillas.

La presencia de sus nuevos amiguillos le reportó a Julio la agradable sensación de encontrarse libre de preocupaciones, angustias y, sobre todo, de pesadillas. Hasta se le pasó por la cabeza la idea de ser pez para toda la vida, quedarse en el mar y dedicarse exclusivamente a nadar, comer y reproducirse.

Sin embargo, razonó que los peces tienen depredadores. Y una vida corta.

Su pensamiento fue cruelmente premonitorio. Un tiburón apareció por babor, meneando su frío cuerpo despreocupadamente. Debía medir, al menos, cinco metros de longitud. Llevaba la boca permanentemente abierta en una sonrisa que no expresaba humor y que dejaba a la vista unos dientes tan afilados como amenazadores y deseosos de desgarrar carne de sus huesos.

Julio se conjuró e intentó permanecer quietecito. Sabía muy poco de animales pero, afortunadamente, dentro de ese poco que sabía se encontraba el hecho de que los tiburones son cortos de vista. Había que armarse de paciencia, tranquilidad y hacerse el muerto.

El magnífico ejemplar de tiburón tigre se le acercó aún más, hasta casi rozarle. Si no fuera porque estaba bajo agua, Julio estaba seguro de que sudaría a chorros. El hijoputa del tiburón comenzó a nadar a su alrededor, como si estuviera retándole a un desafío de paciencia, un juego mortal en el que, si Julio daba un paso, moriría despedazado.

Permaneció quieto, dejándose llevar por la suave corriente marina. El tiburón no se le despegaba, como un perro que huele una salchicha en tu bolsillo. Entonces, el corazón de Julio empezó a latir

a 200 por minuto. Estaba viendo tres tiburones más que se acercaban a toda pastilla. Dedujo que los muy cabrones le habían olido, o detectado de alguna manera, pues se daban mucha prisa en llegar.

Julio supo que su hora había llegado. Adiós mundo cruel. Quizá te añore. Cerró los ojos y deseó que la muerte llegara rápidamente y sin dolor. No era mucho pedir, ¿verdad?

Al darse cuenta de que ningún diente le mordía, abrió los ojos. Los tres tiburones recién llegados estaban nadando alrededor del primero, como si estuvieran jugando con él, cabreándole. El tiburón grande lanzaba dentelladas por doquier, pero los otros, más pequeños y rápidos, las eludían con facilidad.

De pronto, un recuerdo le vino a la cabeza de Julio. Era muy pequeño, tendría unos siete u ocho años, y sus padres le llevaron al zoo. En la piscina de espectáculos se lo pasó bomba admirando a un pez que salía del agua como una exhalación y realizaba magníficas piruetas y giros imposibles. Su padre, por cierto, se divertía más con la tía maciza que le daba pececillos al animal como recompensa por su trabajo. ¿Cómo se llamaba aquel animal? Ah, sí, era un delfín.

Un delfín como los tres que estaban encabritando al tiburón tigre. Cuando éste comprendió que no tenía nada que hacer allí, puso pies en polvorosa. Entonces, los tres delfines se acercaron a Julio. El se fijó en los ojos de sus salvadores, y en ellos vio más inteligencia de la que había visto en muchos seres que se hacían llamar hombres.

Los tres comenzaron a emitir unos extraños sonidos agudos y entrecortados, como una radio que no logra sintonizar nada en AM. Deseó con fuerza poder entenderles, pero era imposible. Ellos también lo sabían, por supuesto, y cambiaron de estrategia. Se alejaron un poco de él, y después se volvieron para quedarse mirándolo fijamente. Volvieron a repetir la operación.

El mensaje estaba clarísimo. Querían que les siguiera, y Julio, naturalmente, aceptó la invitación.

Navegaron muchas millas por el fondo del mar. Sin embargo, el largo trayecto no le cansó ni se le hizo largo pues seguía maravillándose de la riqueza de fauna y flora que vivía allá abajo. Los delfines no se detuvieron hasta que llegaron a una abertura pequeña y redonda en una roca. Se trataba de la entrada de una cueva. Los tres se quedaron mirándole momentáneamente y luego se introdujeron por el hueco, uno a uno. Julio se quedó solo y con una única cosa razonable por hacer: seguirles.

La entrada del túnel era angosta, pero después se agrandó un poco. El túnel inicial se bifurcó en tres. Menos mal que uno de los delfines se había quedado a esperarle, si no hubiera sido incapaz de seguir por la dirección correcta.

Pasaron por muchas más intersecciones. Realmente estaban atravesando un auténtico laberinto excavado en la roca marina. Finalmente llegaron a un tramo ostensiblemente más ancho que estaba oscuro a excepción de un resplandor fluorescente emitido por un hongo de las paredes que bañaba el túnel con una tenue luz verdosa. El pasadizo desembocó en uno más grande e iluminado, y éste, en otro mayor aún, hasta que llegaron a La Gran Estancia:

Era cual una enorme burbuja atravesada por columnas góticas que sostenían una majestuosa cúpula jalonada por docenas de esculturas, todo ello de cristal fino y transparente. Era la morada de Neptuno, Rey del Mar, y allí vivía con sus descendientes y sus criados más fieles.

Los tres delfines se adelantaron hacia el trono para informar sobre el visitante. Tras unos instantes, hicieron gestos inequívocos para que Julio se acercara. Mientras lo hacía, Julio observó que Neptuno tenía aspecto humano. Se asemejaba a un hombre normal, hasta cierto punto, con una larga melena cana y barba profusa que le daban un aspecto de ser anciano, sabio y benevolente. Acertar su edad hubiera sido un juego imposible de ganar. Lo mismo podía tener 80 años que 120. Sin embargo, Julio sospechaba que era mucho más viejo.

—Bienvenido, extranjero— dijo con voz grave y profunda. —Mis centinelas me informaron de tu llegada.

—Cierto— corroboró Julio. —Me salvaron de las fauces de un tiburón hambriento. Les estoy muy agradecido.

—Ha sido un placer, y ellos cumplían su deber. Me alegro de que te hayan sido útiles. Y ahora— la expresión de sus ojos, color azul desteñido, se tornó ligeramente fría, —si no es indiscreción, ¿qué te trae a mis dominios?

—No es indiscreción en absoluto, venerable Neptuno— afirmó Julio con una leve reverencia que había visto hacer a alguien cuando saludaba al Rey Juan Carlos I. —Es una larga historia, pues huyendo de un zorro caí a un río y acabé aquí...

—Bueno, eso es un resumen muy escueto...— sonrió Neptuno levemente. Ahora lucía la misma risilla de un viejecito que veía a una muchacha desnuda a través de una cerradura. —Lo cierto es que conozco tu historia y sé lo que te ocurre. Te equivocaste de puerta, hombre soñador.

—¿Puede ayudarme, Majestad?— suplicó Julio, hincando la rodilla.

—Me encantaría, pero no debo— se negó el Rey del Mar. —Es un dilema que debes resolver por ti mismo.

—Pero son muchas puertas...

—Y en todas ellas te esperan peligros que tu mente no es capaz de imaginar, mas es tu destino y debes afrontarlo.

—¿Despertaré alguna vez?

—Nada es imposible si se mezclan la esperanza, la ilusión y la voluntad. Ahora, debes marchar, continúa tu camino.

—¿Cómo regresaré a la habitación de las puertas?— inquirió Julio.

—En eso sí puedo ayudarte...

Neptuno se levantó de su trono y se acercó a Julio, cerrándole los ojos suavemente con sus grandes y fuertes manos. Acto seguido, Julio desapareció de la Gran Estancia como una ilusión que deja de ser imaginada.

—¿Otro soñador errante?— preguntó Nerea, la sirena más hermosa de todos los mares, hija del Rey.

—Sí..., otra alma perdida— respondió Neptuno.

26

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba de nuevo en la habitación de marras. El viaje entre sueños de un mismo y gigantesco sueño había sido instantáneo. El dilema volvía a crecer en su pensamiento con la misma velocidad que disminuían sus esperanzas de salir ileso de su trágica aventura-pesadilla-alucinación.

Ahora, la habitación parecía totalmente normal, cuadrada, con cuatro paredes y una puerta en cada una de ellas. Quedaban la roja, la gris, la negra y la blanca. De las demás, ni rastro.

Mejor así. El paseo por las profundidades del mar le había gustado bastante a excepción del encuentro con el tiburón. Si no hubiera sido por los delfines, estaba seguro de que a estas alturas estaría aún tieso como una estatua con el escualo nadando la danza de la muerte a su alrededor. Por otra parte, estaba claro que allí no tenía nada que hacer. Bajo el agua no se encontraba la última puerta que le pagaría el peaje de la autopista a la realidad.

De nuevo, había que decidir. Cuatro puertas, cuatro colores que le esperaban con impaciencia. Julio supo que en una de ellas estaba escrito el final, la razón de su sueño y el germen de su pesadilla. En las otras, sólo alucinaciones sin sentido, grotescas e imaginarias criaturas de unos mundos de ilusión.

Lo veía negro.

Todo negro, como aquel tema de los Rolling Stones (Paint it black) que luego versionó, con acierto, Deep Purple. Y más tarde, también los cordobeses Medina Azahara.

«No sé qué pasa, que lo veo todo negro...»— canturreó en voz baja.

Así que abrió la puerta negra.

27

Todo se oscureció como si hubieran corrido un gigantesco y tupido velo. No es que no viera nada, o que momentáneamente fuera ciego.

No había nada, la nada absoluta. Ni al este ni al oeste. Ni cielo ni suelo.

El principio de los tiempos.

La oscuridad le rodeaba por completo, parecía -estaba- viva, acariciándole suavemente con dedos expertos de amante. Hubiera sido agradable si no fuera porque la sensación era gélida, ligeramente repulsiva.

—Coño— exclamó, —daría la mitad de mis ahorros por una linterna.

Entonces, surgiendo espontáneamente, apareció una linterna en su mano, encendida y todo. Sin embargo no sirvió de mucho, pues no había nada que alumbrar. El haz de luz halógena era engullido sin remisión por la voraz oscuridad.

Pero lo curioso fue que el deseo de Julio se había hecho realidad. Y él, por supuesto, se percató de este hecho. «Desaparece, linterna», pensó Julio, y desapareció tan sigilosamente como había aparecido. Estaba asombrado, boquiabierto. Sus deseos se hacían realidad en el acto.

Se sintió como un dios que, en seis días, debía crear un mundo, a ser posible mejor, con épocas gloriosas llenas de amor en las que el miedo, el terror y los malos pensamientos del hombre no tuvieran cabida.

Muy bonito, pero no se sentía con fuerzas para afrontar semejante empresa. Demasiado para un pobre mortal corrompido por la indecisión y las dudas. Lo único que de verdad deseaba era regresar a casa.

Y, una vez más, su deseo se hizo realidad.

Se encontró a sí mismo en el rellano de la puerta de su casa. Era como si volviese del trabajo un día cualquiera. En ese momento ya no fue capaz de recordar que no estaba despierto, que todo era ilusión. Las puertas y la pesadilla habían huido vilmente de su conciencia, escondiéndose en Dios sabe qué sitio oscuro y retorcido de su mente.

Sacó las llaves de uno de los bolsillos del pantalón y entró en casa. Un olor a tortilla invadió sus células olfativas y, de inmediato, su estómago crujió ruidosamente como una tabla al partirse. Fue a la cocina y se encontró a su mujer con la sartén por el mango. Una tortilla de pimientos y cebolla terminaba de hacerse.

—Hola, cariño— la saludó.
—¿Qué tal?— respondió ella.

Entonces Julio se fijó en algo más, algo a lo que hacía mucho tiempo (quizá demasiado) que no prestaba la debida atención.

Hacía un poco de calor y Laura estaba ligerita de ropa. No llevaba sostén y sus turgentes pechos se dejaban intuir a través de la fina blusa humedecida por el sudor. La ajustada falda se ceñía a las prietas nalgas como el guante a los dedos del cirujano. La cintura y piernas, dibujadas a base de provocadoras curvas, parecían estar deseando entrar en acción.

Julio notó cómo una presión incontrolable crecía en su interior a la misma velocidad con la que aquello que le colgaba se ponía erecto e intentaba destrozar la cremallera que impedía su libre expansión.

Laura continuaba dándole vueltas a la tortilla sin imaginar lo que se le venía encima (más bien, lo que le venía por detrás).

Julio se bajó la cremallera sigilosamente y se colocó tras su mujer. Sin mediar palabra, le bajó la falda con un potente y efectivo tirón. No le sorprendió comprobar que su mujer no llevaba bragas.

—Julio, cariño— protestó ella, pero sin demasiada convicción, —no creo que sea el momento...

Algo caliente y duro le cortó la frase mientras unas manos nerviosas le desabrochaban la blusa para acariciarle los pechos y besarle la espalda.

Estuvieron varios minutos haciéndolo violentamente como animales en celo que se aparean un par de veces al año.

Laura tuvo que soltar la sartén y apoyarse con ambas manos contra la pared poder resistir las acometidas. Julio jadeaba como un toro después de repasarle el picador, mientras Laura gritaba de placer.

Cuando culminó el acto, Julio sacó su miembro de donde lo había metido y se fue para el comedor como si no hubiera pasado nada.

Mientras comían la tortilla (que se había quemado un poco; no se puede estar en misa y repicando), se mantuvieron en silencio, una calma tensa que podía cortarse con navaja de Albacete. Ninguno de los dos parecía querer arrancarse a hablar, como si tuvieran agujetas en la lengua.

—Ha estado bien— dijo Julio finalmente, al acabar la tortilla.

—¿El qué? ¿El polvo o la comida?— dijo Laura tras otra pausa.

—Ambas cosas.

—Lo de la cocina ha sido algo salvaje, ¿no crees?

—Me apetecía, ¿a ti no?

—Ya sabes que a mí me gusta de otra manera..., mas lenta, suave y sensual...

Laura se levantó de su silla con sigilo, como si temiera despertar a alguien con el ruido que haría la silla si la arrastraba, y delante de su esposo, se desnudó lentamente en un seductor despelote que logró ponérsela dura, otra vez, a Julio.

Esta vez hicieron el amor en el lecho conyugal, como Dios manda. Al acabar, Julio se levantó con la intención de darse una buena ducha. Había sudado mucho, pues el segundo siempre le costaba trabajo y, con los años, la cosa no mejoraba (más bien, lo contrario).

Entró a oscuras en el cuarto de baño mientras su miembro se balanceaba flácidamente de una pierna a otra, y buscó el interruptor de la luz, pero no fue capaz de encontrarlo.

—¿Dónde cojones está el puto...?— empezó a maldecir.

No podía darle a la luz porque no estaba en el cuarto de baño de su casa.

Estaba en la habitación de las puertas. Había entrado por la puerta blanca, y la jodida habitación

era ahora triangular, pues la puerta negra había desaparecido tan misteriosamente como todas las demás. Abrió la blanca de nuevo, y vio a su ardiente mujer en la cama con la entrepierna aún caliente.

—Cariño, hazme gozar otra vez...— dijo Laura sensualmente.

—¿Por qué no?— decidió Julio mientras se preparaba para el salto del tigre.

28

Una y otra vez, cuando Julio salía de su dormitorio por cualquier puerta (la del baño o la que daba al pasillo), siempre entraba en la dichosa habitación. Y una vez en ella, la puerta blanca daba a su dormitorio, su cama y su insaciable mujer. Lo habían hecho docenas de veces y ella como si nada. Quería más y más, como si su esposo fuera una máquina de follar bien engrasada que tuviera un depósito de semen de 50 litros.

Pero el pobre Julio estaba harto de tanto «mete-saca», y de las malditas puertas. La habitación poligonal ahora era triangular, y quedaban la gris, la blanca y la roja. La puerta blanca sabía a dónde llevaba. Las demás, ni idea.

Abrió la gris con la esperanza de que fuera la última. Esta vez, quizá el destino le prestara un poco de suerte.

29

La puerta gris le había transportado a un nuevo y espectacular paisaje. No era un sitio angustioso y forzado como el desierto. Se trataba de una especie de prado, una estepa tan ancha como Castilla. Hasta donde podía alcanzar su vista, se extendían pequeñas colinas cubiertas en toda su extensión de hierba verde oscuro. El sol brillaba como nunca en un cielo sin nubes amenazadoras. Una suave brisa le acariciaba la cara.

Parecía el paraíso, ¿no?

Pues no, faltaba algo.

No había árboles, ni animales ni flores. En definitiva, nada bonito o que adornara el paisaje. Lo único vivo que se divisaba era la hierba tan perfectamente cuidada que parecía un campo de golf. En un instante de imaginación desbocada, se le ocurrió que aparecería Tiger Woods persiguiendo una pelota blanca con la intención de propinarle un buen *swing* con su hierro del ocho.

Evidentemente, no apareció ningún negro con su obligada gorrita de marca, ni nada remotamente parecido. La calma en aquel lugar era absoluta e inquebrantable.

Comenzó a caminar en una dirección al azar. En alguna parte de aquella especie de prado debía haber algo extraordinario. Si no fuera así, no sería digno de aparecer en su macro-sueño.

Como era de esperar, se topó con algo irreal, fuera de lo común. Tras remontar un breve repecho, posó su vista en un valle que se extendía hacia el horizonte. En el fondo discurría rectilíneo un camino embaldosado con piedras, al estilo de las antiguas calzadas romanas. Por ella desfilaban en procesión miles de personas calladas y en perfecto orden, como autómatas. A Julio le recordaron botellas en una fábrica de cerveza.

Se acercó un poco más a ellos, y entonces pudo fijarse en sus rostros: estaban tristes, opacos. Daban la impresión de ser reos que se dirigían inexcusablemente hacia su ejecución, hacia su destino cruel pero, en ocasiones, justo.

Julio se atrevió a descender aún más, hasta ponerse junto a ellos. Un detalle aterrador, que le había pasado inadvertido, cobró forma.

Todos estaban muertos.

Caminaban siguiendo la fila como borregos en el redil, pero sus ojos vidriosos y desencajados reflejaban la ausencia de vida de aquellos cuerpos. La mayoría eran personas viejas de edad avanzada. Otras, más jóvenes, presentaban horribles golpes y mutilaciones como si hubieran salido de algún espectacular accidente de carretera.

Julio intentó razonar qué coño era aquello, mas no era capaz de encontrar respuestas científicamente satisfactorias. Supuso que alguien como Fox Mulder tendría respuestas para lo que estaba viendo. Sin embargo, él tenía una mente más compatible con las ideas de Dana Scully, así que decidió unirse a la fila y así averiguar dónde acababa, si es que aquella cola tenía un fin.

Esta vez tampoco tuvo que andar mucho. En mitad del camino, cortándolo, y elevándose hacia el cielo, surgía una enorme puerta gris. Los muertos la atravesaban impunemente como fantasmas de castillo, desapareciendo de la vista. Detrás de la puerta no se alcanzaba a ver nada.

Y como toda puerta importante que se precie, tenía un portero: se trataba de un pequeño hombrecillo vestido de gris (a juego con la puerta). Era tal la coincidencia de colores que casi no se le veía. Llevaba puesto, con gesto altivo, un sombrero de copa exageradamente grande, como si quisiera disimular -sin conseguirlo- su corta estatura. Su traje era elegante pero anticuado. Parecía sacado del ropero de Carlos III, por lo menos. Cuando Julio se le acercó, abrió los ojos desmesuradamente en un gesto de sorpresa.

- Caramba— exclamó el hombrecillo. —Tú no estás muerto.
- Efectivamente, ¿cómo lo notaste?— dijo Julio con sorna.
- Porque no vas en la fila, como los demás— sentenció el enanito con irrefutable lógica.
- Estas personas..., están todas muertas, ¿verdad?— preguntó Julio con un escalofrío.
- Por supuesto.
- Entonces..., ¿esto es la puerta del Cielo?

—No, por Dios, ja ja— rió el hombrecillo con una carcajada aguda muy propia de su cuerpo en miniatura. —Esta puerta es importante, pero no tanto.

—¿Qué es entonces?— inquirió Julio.

—Digamos que es una especie de filtro— explicó vagamente el enano.

—¿Aquí se decide quien va al Cielo y quien baja al Infierno?

—¡Calla, insensato!— exclamó el de gris, subiendo la voz. —No menciones esa palabra nunca, al menos aquí. Son muchos los que en él entran, pero ninguno ha salido para contar la experiencia. Y si alguien consiguió escapar, no duró mucho tiempo fuera.

—Vaya...

—¿Y tú, si no estás muerto, que haces aquí?— se interesó el hombre gris, recuperando su tono de voz chillón.

—Lo único que he hecho es abrir una puerta gris igualita a esta, pero más pequeña.

—Ah— dijo el hombrecito rascándose la barbilla pensativamente. —Así que la habitación poligonal sigue reclutando almas...

—¿Cómo...?

—Debes abrir la roja. Ahí está la clave— sentenció.

—¡Menudo consejo!— exclamó Julio sarcásticamente. —Es la única que me falta por abrir.

—¿Ah, sí?

—¿Te extraña?

—Pues sí, la verdad. Normalmente, los que caen en el embrujo de la habitación maldita no suelen abrir más de dos ó tres puertas— explicó el hombrecillo.

—Pues yo he abierto todas menos la última, la roja.

—Hum, entonces quizá te espere un destino interesante.

Permanecieron un rato en silencio. Las almas seguían su curso atravesando la puerta que les conducía al más allá, a un destino que esperaban con impaciencia no reflejada en sus inexpresivos y cada-
véricos rostros, en ocasiones putrefactos y amorfos como esculturas sin terminar que se han dejado a la intemperie durante siglos.

—Dígame una cosa— inquirió Julio. —¿Qué hay tras la puerta roja?

El semblante del hombre gris cambió por completo, como la noche a la mañana, y reveló un gesto serio que era desconfiado y huraño.

—¿Por qué lo quieres saber ya, hombre impaciente?— dijo al fin. —Tú mismo lo descubrirás, pues tienes que atravesarla tarde o temprano. No puedes quedarte aquí mucho tiempo.

—Pero, ¿sabes lo que hay, o no?

—Por supuesto que lo sé, chaval, pero no me gusta hablar de ello.

—Al menos, dime cómo regresar a la habitación de las puertas.

—Eso no tendría sentido, ¿no crees?

—¿Por qué?

—Porque la habitación poligonal ya no existe para ti. ¿Puedes imaginar una habitación con una sola pared?— replicó el enano.

—Entiendo.

—Ella ya ha cumplido su misión. Te ha conducido hasta la puerta roja.

—¿Y cómo llegaré a ella?

—Ella vendrá a ti— sentenció el hombre de gris. —Mejor dicho, ella está en cualquier parte. Las puertas del lugar al que te diriges las puedes encontrar casi en todos sitios, desde el más recóndito y rebuscado hasta el sitio más vulgar y predecible. La única condición para que entres es que sea tu hora.

En ese preciso instante la puerta gris comenzó su particular metamorfosis: mientras cesaba el flujo de almas, desapareció el camino, las colinas y el césped. La puerta disminuyó de tamaño... y de color. Se tornó roja por completo, un color rojo brillante como la sangre arterial, que entraba por los ojos. Sólo quedaron Julio, el hombre gris y la puerta.

—¿Ves?— dijo el hombrecito. —Aquí la tienes.

Esta sí se asemejaba a una puerta convencional, con sus bisagras, su pomo y sus adornos más o menos extravagantes. Tenía esculpidos en relieve extraños animales y seres grotescos, hombres con cabeza de pájaro y gatos negros con cabezas de mujer. Julio titubeó al verlo.

—Vamos— le animó el hombre gris. —Te espera tu destino.

—Tengo miedo...— confesó Julio.

—No me extraña. La decoración no es muy festiva que digamos, ¿verdad? Te recomiendo que entres rápido, sin titubeos. Será mejor así. Es como arrancarte un esparadrapo, o pedirle una cita a una chica. No te lo pienses demasiado, o será peor.

Julio aceptó el consejo y abrió la puerta. Detrás estaba todo oscuro. Aparentemente no había nada, pero surgía un olor nauseabundo, intenso y pegajoso que no pudo identificar. Tras atravesar la puerta, ésta se cerró automáticamente. Ya no quedaba vuelta atrás.

—¿Dónde estoy, hombre gris?— gritó Julio con todas sus fuerzas.

La contestación tardó en llegar. El hombre gris estaba ya muy lejos.

—¿Dónde estoy?— volvió a preguntar.

—Infierno...— llegó la respuesta como un eco.

30

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, quedaron impresionados por el vasto paisaje que se extendía ante ellos en todas direcciones.

En lo que, sin duda, debía ser las mismísimas entrañas de la tierra, se hallaba excavado un impactante desfiladero. Sin embargo no había agua ni río, y en el antiguo cauce ahora discurría un serpenteante y pedregoso camino. Julio se hallaba en una especie de cornisa, muy por encima del fondo del desfiladero, quizás a unos 200 metros. Es por esto que no alcanzaba a ver bien, pero sí intuía que en el camino del fondo había movimiento. Veía unos puntitos de luz amarillenta, seguramente antorchas, que se movían nerviosas e inquietas.

Empezó a andar por la cornisa con muchísimas precauciones. Había piedras sueltas y si tenía la desgracia de pisar mal, no lo contaría. Conforme avanzaba, el olor inmundos se le incrustaba en la nariz como si quisiera arrancársela de la cara. Era una nauseabunda pestilencia, las *esencias* mezcladas del olor a basura, azufre, amoníaco y cadáver putrefacto. Una auténtica delicia para los olfatos más exigentes.

Pero eso no era lo peor.

Ni mucho menos.

Porque, a sus oídos empezaron a llegar las ondas de un ruido que, en un principio, no supo reconocer. Era una especie de crujiente sonido metálico, como de martillos.

Siguió avanzando. La cornisa, con una pendiente pronunciada, bajaba inexorablemente hacia lo desconocido. La fuerte bajada y la estrechez del camino (apenas medía medio metro) provocaban que avanzar fuese una tarea de locos casi imposible. Afortunadamente, los pies de Julio se movían con la agilidad innata de una cabra montesa, y saltaban entre las piedras desafiando al peligro.

Tuvo suerte al adaptarse bien. Por ese camino, el 99% de los que hubiesen osado recorrerlo habrían caído despeñados sin remedio. Así que, cuando avanzó y bajó lo suficiente, pudo apreciar con nitidez lo que le rodeaba.

Un sonido de tambores martilleó rítmicamente sus tímpanos.

Tum...tum...tum...tum tum tum...tum...tum...tum tum tum...tum...tum...

Miró hacia el fondo del desfiladero. Una interminable fila de desdichados avanzaba hacia su perdición. Estaban muertos (si no, no estarían ahí), pero permanecían conscientes y lúcidos. Sabían perfectamente que estaban condenados y que su fatal y demoníaco destino les esperaba impaciente como la madre que espera al hijo pródigo por Navidad. En sus demacrados y semidescompuestos rostros se alcanzaban a reflejar el terror y la agonía por excelencia. No podían escapar de la esclavizante fila.

A ambos lados les vigilaban, conducían y torturaban unos grotescos seres inmundos. Iban desnudos y de sus traseros mierdosos surgían largas y finas colas y sus cabezas estaban rematadas por dos pequeñas protuberancias a modo de cuernos. Sus pieles, rojizas y curadas por el fuego infer-

nal eterno. Una sarcástica risa se dibujaba constantemente en sus feas caras. Gritaban e insultaban sin parar, incluso entre ellos, en un extraño lenguaje mezcla de latín y griego. Algunos portaban antorchas para iluminar el camino. Otros esgrimían feroces látigos con los que fustigaban cruel y despiadadamente las tiernas espaldas de los pecadores afligidos. Otros llevaban tambores con los que marcaban el ritmo...

Tum...tum...tum...tum tum tum...tum...tum...tum tum tum...tum...tum...

... un ritmo acompasado, aterrador.

Eran demonios, por supuesto. Y Julio lo supo tan rápido como usted, sufrido lector. Siguió bajando aunque empezaba a sentir miedo. Estaba ya muy cerca y, si él les veía, ellos también podrían verle. Pero no era así porque Julio avanzaba entre la penumbra sin hacer ruido.

De pronto, la mala suerte (o el destino) se cebó en él. Pisó mal, resbaló y estuvo a punto de caer desfiladero abajo. No se despeñó de puro milagro.

Sin embargo, sí cayó la piedra con la que había resbalado y ésta, en su perpendicular caída, arrastró otras pequeñas piedras. Enseguida se formó un nada discreto desprendimiento que inevitablemente llamó la atención de los demonios.

Y, de golpe, se acabaron los latigazos.

Y las risas.

Y las pullas.

Y los tambores.

Silencio absoluto.

Muy pronto, una mano delatadora señaló hacia Julio con un dedo amenazador.

Le habían visto: se armó la revolución.

Salieron disparados en todas direcciones. La voz de alarma se propagó como reguero de pólvora. Los tambores cambiaron su redoble; ahora tocaban zafarrancho de combate:

Tum... tum tum tum tum tum... tum tum tum tum tum... tum tum tum tum tum...

—¡MIERDA!— gritó Julio.

El eco de su potente exclamación se extendió por todo el desfiladero, poniendo aún más nerviosos a los demonios. En unos pocos segundos, Julio había conseguido sacarles de sus casillas.

Empezó a correr por la cornisa. No le quedaba otra escapatoria. Si se quedaba quieto terminarían pillándole. Mientras tanto, los jodidos tambores seguían elevando su demoledor ritmo desde el fondo del desfiladero, intentando anunciar su muerte...

Julio frenó en seco su huida. Por delante de él se acercaban docenas de enfurecidos demonios armados hasta los dientes con cuchillos, espadas rudimentarias y látigos. Al comprobar que estaban acorralando a su presa, elevaron de tono sus gritos e insultos en aquella extraña lengua que usaban y de la que Julio (mejor para él) no entendía palabra alguna.

Miró hacia atrás. Por ese lado también se acercaba otra cuadrilla, lenta pero sin pausa. Algunos demonios, en su afán de capturarlo, tropezaban y caían despeñados. Pero daba igual: seguían siendo muchos. Demasiados. Los demás se reían de los caídos y renovaban su espíritu guerrero.

Julio echó un vistazo al otro lado del desfiladero. Sus ojos alcanzaron a ver otra cornisa. Y estaba libre de demonios. Pero, ¿cómo cruzar? Comenzó una desesperada búsqueda contra el reloj de algo que probablemente no existía.

¿O quizá sí?

Un poco más adelante había un puente (por llamarlo de alguna manera). Apenas estaba formado por dos cables tirantes y unas traviesas de madera como si fueran escalones. La barandilla brillaba por su ausencia.

Aquel maldito puente no le inspiraba la más mínima confianza. Sin embargo, no había nada mejor y tenía los demonios casi encima. Así que se decidió a cruzarlo.

El puente se meneaba y retorció como una serpiente bailando *bakalao*. A duras penas Julio conseguía mantener la verticalidad. Cuando había recorrido un trecho, miró hacia atrás. Los demonios se habían quedado en la cornisa. No se atrevían a cruzar. «De puta madre», pensó Julio.

Siguió avanzando con precaución. Un rayo de esperanza iluminó su mente. Quizá lograría escapar de aquel infierno aterrador.

Cuando había completado la mitad del recorrido sobre el puente, ese rayo de esperanza se apagó como una linterna a la que se le quitan las pilas: de la cornisa de enfrente empezaron a llegar más demonios. Algunos de ellos, incluso, se aventuraron a entrar en el puente.

Julio miró a su espalda.

Por allí también se acercaban. Estaba perdido.

Súbitamente, los demonios se detuvieron y quedaron silenciosos. Julio pudo ver en sus descuadrados rostros una mueca mezcla de disgusto y rabia. A lo lejos empezó a escucharse un ruido, un zumbido

similar al que producirían los motores de un avión de la primera guerra mundial. Los demonios se llevaron sus manos de seis dedos a sus puntiagudas orejas y comenzaron a retroceder, alejándose del puente.

Julio se quedó inmóvil. Desde el infinito del horizonte subterráneo vio llegar una gran bola de fuego acercándose a toda velocidad. Cuando la tuvo más cerca, Julio pudo ver que en realidad era otro demonio: con poderosas alas se impulsaba por el aire con tal fuerza que surgían pequeñas llamaradas. No tenía nariz, sólo dos puntitos negros por encima de la horrenda boca abierta que mostraba sus verdosos y afilados dientes. Gritaba un agudo chillido rompe tímpanos, y sus ojos de fuego emanaban maldad. Al pasar junto a Julio, extendió uno de sus musculosos brazos, lo cogió en su regazo y se lo llevó volando siguiendo el curso del desfiladero subterráneo.

31

Aquel ser demoníaco y alado le llevaba por el desfiladero en las entrañas del infierno como un águila que lleva la presa al nido para alimentar a sus polluelos.

Julio no intentó resistirse. Estaba claro que si el bicho le soltaba, sería peor el remedio que la enfermedad. Debía esperar y, mientras tanto, no era capaz de comprender la razón por la cual le había salvado de los demonios hambrientos y torturadores.

Lo cierto es que el paseo aéreo le estaba gustando. Aunque estaba cagado de miedo. El ser sobrevolaba el desfiladero a gran velocidad con soltura y precisión, esquivando puentes y toda clase de obstáculos. Incluso en zonas muy oscuras o estrechas no dudaba de la trayectoria a seguir. Debía tener algún radar o algún sofisticado sistema para orientarse en la oscuridad.

Súbitamente, a lo lejos, Julio divisó algo que le heló la sangre: un punto, una luz brillante y cegadora. Y volaban directamente hacia ella. Al acercarse, Julio comprobó, como se temía, que no era una luz uniforme. Eran puntitos independientes que giraban en remolino.

Otra vez.

Julio ya las conocía (jodidas lucecitas...).

Las atravesaron impunemente, como si hubiera sido un avión atravesando una nube.

Detrás de la luz el desfiladero continuaba, pero era distinto. Ni grotesco, ni oscuro, ni pedregoso.

Era una cueva impresionante.

Por el fondo transitaba serpenteando un río de fuego. A ambos lados se apilaban multitud de cor-

nisas embaldosadas y comunicadas mediante puentes de piedra finamente tallada y pulida. En el complejo reinaba un gran bullicio. Parecía un centro comercial atestado de gente un sábado por la tarde. Iluminados por una claridad difusa- como la que ofrecerían unas luces de neón rojas, -millares de personas trabajaban en las paredes rocosas a golpe de cincel y martillo. Esculpían figuras que adornaban toda la estancia, obras de arte que representaban a cada uno de ellos.

—Increíble— musitó Julio.

—¿A que sí?— dijo el monstruo alado con la misma voz de Julio.

—¿Puedes imitar mi voz?— inquirió Julio sorprendido. Había perdido el temor; si aquella criatura hubiera querido hacerle algo malo, ya lo habría hecho.

—Puedo imitar lo que quiera— fue su respuesta.

El vuelo llegó a su fin y aterrizaron en lo que era una de las cornisas principales. Era grande y lisa, muy bien iluminada por multitud de antorchas excavadas en la roca.

Julio se fijó mejor en su «salvador»: era mitad águila, mitad murciélago, y con una cabeza que recordaba vagamente a las humanas.

—¿Quién eres?— se atrevió a preguntar Julio.

—Soy Balakar, guardián de las siete puertas, mensajero de la destrucción, ladrón de almas, torturador de mortales...

—No es necesario que sigas— le interrumpió Julio. —Veo que eres un tipo importante.

—Ja, ja, ja...— rió Balakar, si es que aquel sonido gutural y grave se podía considerar así.

—¿Qué hacen esos?— preguntó Julio señalando a los escultores.

—Al entrar aquí, lo primero que se hace es esculpir tu propia figura en la roca del infierno.

—¿Por qué?

—Porque cuando caen más hondo en las profundidades abismales, los cuerpos de los condenados se consumen. Sólo permanecen las almas para poder esclavizarlas y torturarlas. Las figuras de piedra sirven para que esas almas recuerden su forma física el día del Juicio Final.

Julio paseó su vista por las esculturas. No vio ningún conocido.

—Pero, están muertos, ¿no?— dijo.

—Claro.

—¿Y yo?

—También.

—Entonces... no entiendo. Yo me siento muy vivo.

—Se te ha concedido una segunda oportunidad.

—¿Otra oportunidad?— Julio no osaba comprender.

—Sí. Puedes escoger.

—Escoger, ¿qué?

—Tu destino...

—¿Y por qué tengo ese privilegio?

—Porque has explorado las siete puertas del infierno y estás aquí para contarlo. Hay muy pocos que lo hayan conseguido. Tú eres uno de ellos.

—Pero si estoy muerto, ¿qué voy a escoger?

—Vivo..., muerto..., realidad..., ficción..., ilusión... siempre es la misma mierda— sentenció Balakar. —Da igual. Todo depende de cómo te sientas en el fondo de tu alma. Si quieres estar con los vivos, lo estarás. Si prefieres mejor vida..., también lo puedes lograr.

—Sigo sin pillarlo. ¿Qué opciones tengo?

—Básicamente, dos. Una de ellas es morir definitivamente, continuar en esta dimensión atravesando de nuevo la puerta por la que entraste y... ir a donde te merezcas. ¿Fuiste un hombre bueno mientras estabas en la tierra?

—Bueno, creo que sí.

—Entonces, quizás vayas al Cielo... ¡ja, ja, ja!, aunque yo, como comprenderás, no te lo recomiendo.

—¿Y la otra opción?— quiso saber Julio.

—Si lo deseas, puedes despertar y regresar al mundo de los vivos. Más adelante, cuando llegue tu hora y mueras, regresarás aquí con nosotros... y entonces sí que será verdad que no podrás escapar. Las puertas del infierno se cerrarán definitivamente y no existirá ninguna llave para ti que pueda abrirlas.

Julio estaba confuso. No sabía qué hacer. Su sueño-pesadilla-alucinación-muerte se estaba complicando demasiado.

—¿Puedes ayudarme, Balakar?

—Hum... quizás sí.

El guardián de las siete llaves volvió a coger a Julio con sus poderosas garras y echaron de nuevo a volar. Subieron en perpendicular y, al alejarse de las antorchas, la oscuridad les envolvió suavemente.

Sólo entonces, Balakar le soltó y Julio quedó flotando en un submundo donde el tiempo y el espacio saltaron caprichosamente como sapos en la orilla del río.

32

Las imágenes pasaban desenfrenadamente por delante de sus ojos. Se vio a sí mismo en la administración de lotería nº6 de su ciudad, posando para la prensa con su décimo premiado alzado con orgullo. Los periodistas le torpedeaban con sus preguntas y los fotógrafos quemaban carrete impulsivamente. Los flashes se disparaban una y otra vez como metralletas en una ejecución.

Julio sonreía. Era un tipo feliz. Y rico.

A su lado su mujer, igual de feliz y... ¿rica?

El dinero le había tocado a él, no a Laura. No es que pensase no darle ni un puto duro... pero tampoco deseaba dejarla disponer a sus anchas de todo el capital. Le abriría una cuentecita y le daría generosas pero razonables cantidades para sus caprichitos, pero nada más. Qué coño. El rollete que les impartió el cura en los cursos prematrimoniales, ese que hablaba de compartirlo todo..., bueno, al fin y al cabo, un hombre no puede recordar todo lo que le intentan enseñar. Y en ese momento, las palabras del sacerdote estaban tan enterradas en su memoria que su conciencia no sería capaz de encontrarlas.

Ella lo intuía. Es más, lo sabía con certeza. Laura conocía a su marido mejor que su propia madre, después de muchos años, y el dinero no le haría cambiar. No.

Ahora Julio, contemplando la escena desde la lejanía en el tiempo y en el espacio, se fijó en los ojos de Laura.

Y vio que en ellos había envidia. Y rencor.

Y que en ellos se gestaba la venganza como un bebé maldito en el útero de la bruja.

Se oscureció la imagen.

33

Volvió la luz y Julio se vio acompañado de Laura en un coche. Discutían. Regresaban de un viaje, y no estaban de acuerdo (como de costumbre). Su mujer gritaba acalorada y él intentaba -en vano- tranquilizarla con buenas y melosas palabras.

Salto.

Ve a su mujer en el R-5. Para. Aparca. Entra en un edificio. Ascensor. En la puerta, una placa. Un puto abogado. Sale la secretaria. Laura pasa al interior y habla con el letrado.

Al principio se muestra preocupada e infeliz.

Luego, su rostro recupera la alegría.

¿Qué le habrá dicho el picapleitos?

Julio sólo escuchaba frases sueltas.

«Su marido no tiene testamento».

«Si muere, todos los bienes, menos impuestos, para usted».

Oscuridad.

34

En la siguiente visión vuelve a ver a su mujer.

Esta vez muy distinta. Rebosa vitalidad, juventud y alegría. Tumbada, tomando el sol en una playa. Un cóctel en la mano, un cigarrillo rubio americano en la otra, y el sol bañando sus generosos pechos. ¿Generosos? Vaya que sí.

Está muy guapa. Desde luego. La silicona y el *lifting* hacen milagros.

No está sola.

Un apuesto joven junto a ella.

Se besan apasionadamente.

Él, soltero y sin compromiso.

Ella, viuda y... rica.

Vuelta en negro.

35

Cambia la imagen.

Se ve a sí mismo dentro de una caja de madera alargada: un ataúd.

Su propio funeral.

Laura llora desconsoladamente. Es una buena actriz.

Todos sus amigos asisten, afligidos y apenados.

Ella no, ella está feliz.

36

Nueva visión.

Es Ángel, su enfermero.

Está preparando una bandeja con comida. Primer plato, segundo plato, postre, pan y...

...agua.

Ángel saca cuidadosamente un bote de un recóndito cajón.

Con sigilo vierte unas gotitas en el vaso de agua.

Una.

Dos.

Tres.

Pausa. Se lo piensa.

Cuatro.

Cinco.

De nuevo, duda.

Al fin, echa otras cinco de golpe.

Dosis fatal.

Dosis letal.

37

Una nueva imagen se materializa en su cerebro.

Laura en la cocina de casa, preparando la comida. Perfecta. Está deliciosa, para echarle cuatro seguidos.

Entonces abre una portezuela. Aparta unos botes de especias y condimentos variados. Saca un frasquito pequeño. Como el de Ángel.

Echa unas gotas en el vino.

En el vaso de vino de Julio.

Las cuenta con precisión, sin pasarse de la dosis.

«Cariño, la comida ya está lista»— grita.

Julio aparece en la cocina.

«Recojones, qué sed tengo»— exclama.

Se bebe el vino de un trago.

Un buen Rioja antes de comer, a temperatura ambiente, tirando a fresquito. Ah, cómo entra. Se bebería litros si no fuera por lo que costaba.

Laura contempla la escena, satisfecha.

Ríe en su interior.

Oscuridad.

38

Una nueva escena se desarrolla ante sus ojos.

Un pasillo del manicomio.

Está solitario.

Debe ser tarde.

El «salón de recreo» se ve al fondo, franqueado por la máquina de Coca Colas y la del café.

Está desierto, ni un alma.

Entonces, aparece Ángel por un extremo del pasillo.

Por el otro, Laura.

Al verse, ambos se detienen. Se miran mutuamente, como desafiándose. Parece un duelo del *far west*, y en cualquier momento desenfundarían sus armas y el más lento daría con sus huesos en la solería blanca.

Naturalmente, nada de eso sucede.

Cuando se han reconocido, se acercan. Hablan bajito, se susurran venenosas palabras.

Laura saca un sobre abultado, repleto de billetes.

(¿Cómo sabe eso Julio, si no puede verlo? Pero bueno, ¿acaso podría ser otra cosa? No era tan ingenuo.)

Disimuladamente, lo introduce en el bolsillo izquierdo de la bata de Ángel. Éste deja ver sus blanquísimos dientes en una sonrisa de complicidad.

A continuación se propinan un breve beso de compromiso, a modo de despedida. Realmente, al bueno y salido de Ángel no le hubiera importado llegar un poco más lejos. Qué demonios. Era consciente de que a aquellas horas era muy improbable que pasara alguien por ese pasillo. De buena gana hubiera agarrado por la cintura a esa asesina de maridos, y le habría arrancado la blusa de un solo bocado. Después de eso, la naturaleza seguiría su curso.

39

Julio volvió a abrir los ojos. No sabía exactamente cuánto tiempo llevaba *ausente*. En verdad, el tiempo en su sueño era cambiante como un rostro en el reflejo del agua.

Estaba de nuevo en la repisa. Miles de pecadores seguían esculpiendo sus propios cuerpos para inmortalizarlos.

Balakar estaba sentado junto a él, expectante, sumido quizás en sus propias meditaciones.

—¿Y bien...?— dijo.

—Confusas imágenes...— musitó Julio.

—Lo que has visto— explicó Balakar, —son hechos que han sucedido, que sucederán o..., quizá son cosas que jamás se harán realidad, o quizá sí. Depende, en parte, de tu decisión. ¿Entiendes lo que te digo?

—Más o menos.

Se mantuvieron silenciosos un rato, Julio pensando y Balakar aguardando.

—¿Has decidido?— dijo al fin el Guardián del Infierno.

—Sí. QUIERO VIVIR.

Otra pausa. Estaba tomando una decisión que no se puede hacer a la ligera, y Julio era muy consciente de la situación.

—¿Seguro?— insistió El Guardián.

—Tengo un asunto que resolver.

Balakar sonrió, guiñándole un ojo. Era un profesional de esto, llevaba muchos años (en verdad, siglos) trabajando con almas, y había comprendido el concepto de la cuestión.

Tercera parte: De nuevo entre los vivos

La vida es sueño y los sueños, sueños son

40

Desvelada por completo, Laura no había podido dormir en toda la puta noche. Tumbada boca arriba en la cama, con los ojos abiertos como platos mirando al techo, por su mente desfilaban, como almas en pena, los agrios recuerdos de los últimos años.

Miró al reloj. Con sus rojos y brillantes números decía que eran las 5:49.

—A estas alturas— pensó Laura, —ya estará muerto. Más tieso que una escoba.

Entonces, una idea surgió en su perspicaz mente: no quería recibir la noticia. De momento. Prefería unos días de vacaciones... Los últimos tiempos habían sido muy duros, fingiendo como una profesional. Ni la mejor actriz de Hollywood habría interpretado mejor su papel, perfecto y malvado, durante tantos meses.

Por cierto, no se había acostumbrado a dormir sola. Echaba de menos a Julio, su sudor y sus ronquidos, sus gritos a media noche, sus pesadillas artificiales... Por eso se lo había montado con tres tíos distintos desde que Julio estaba *fuera de juego*, tipos de estos de *si te he follado, no me acuerdo*, de los que echan los que haya que echar y desaparecen a las 8 de la mañana.

Sin embargo, esa noche había dormido sola -mejor dicho, había intentado dormir-. Pero bueno, es igual. Ahora vendrían los días de descanso. Luego, los engorrosos trámites legales: entierro, papeleo, disputa con los de la funeraria. Y al final, lo mejor. La herencia.

Y la libertad.

Libertad para gastar todo el dinero que quisiera. Para no tener que dar explicaciones ni a Dios. Para comprarse un coche nuevo, un cochazo, de esos que van casi solos, automáticos... ¡mejor aún!... contrataría un chofer joven y sin compromiso... ¡NO!... casado... así tendría más mérito... se lo llevaría a la cama... o donde fuera.

Pero antes de todo esto, unos meses de riguroso luto para guardar las formas y no suscitar habladurías embarazosas.

Animada por sus pecaminosos planes de futuro, se levantó de la cama como un resorte y se vistió rápidamente con lo primero que pilló en su bien surtido armario.

A los pocos minutos circulaba con su R-5 del 76 por las calles iluminadas por la luz anaranjada de las farolas -ya apagándose- y por los primeros y débiles rayos solares del día.

Estaba hasta el mismísimo coño del Renault. El viejo utilitario había sido testigo de excepción de casi todas sus rabietas, peleas y desilusiones. Era un museo de cera, y los muñecos sus desgraciadas y angustiosas peripecias de casada.

Ya era hora de jubilarlo. Claro que sí. A la chatarra con él... Empezaría una nueva vida libre de preocupaciones y sufrimientos mecánicos. Aquel cabronazo de cuatro ruedas, que se calaba en los momentos más inoportunos, se llevaría sus recuerdos con él a la máquina trituradora, al otro mundo, al de las chatarras dadas de baja en Tráfico.

Había llegado a un establecimiento de alquiler de vehículos. Dejó el R-5 mal aparcado en una esquina. Y lo hizo deliberadamente, con premeditación y alevosía. Otras veces le había pasado, pero inconscientemente, por prisa o por despiste. Sin embargo, esta vez deseaba que se lo llevara la grúa. Y luego lo llevaría al chatarrero, al *entierro*. A lo mejor, incluso, lloraría de pena, tantos años juntos, siempre fiel, quedándose sin gasolina en las carreteras más inhóspitas, dejándola tirada siempre en los bajos fondos de la ciudad...

—¡Qué cojones!— le gritó Laura al viejo Renault, —¡que te den por el tubo de escape!

Entró y alquiló un *fiesta*. En el fondo, como a casi todas las mujeres, le gustaban los coches pequeños. Además, tenía una buena radio y aire acondicionado. ¿Qué más quería? El empleado

puso mala cara al ver el cheque como medio de pago, pero al final cedió. Menos mal. Tardarían cierto tiempo en descubrir que no tenía fondos. Y es que Laura estaba, literalmente, sin blanca. Apenas dos mis durillos para comer un par de días. Luego, la herencia..., y todos sus desvelos monetarios serían historia.

Salió rauda de la ciudad. Era pronto y aún no se habían formado los habituales atascos. Puso la radio, música tranquila para relajarse y calmar los nervios. Al no haber circulación, hundió su pie derecho en el acelerador. El pequeño y nada voluntarioso motor respondió a regañadientes, ganando velocidad con lentitud.

De repente, la radio dejó de escucharse, como si no estuviera sintonizada. Laura comenzó a toquetear todos los botoncitos, pero nada.

—Vaya mierda de loro— dijo, —me cago en...

Entonces, de forma inverosímil, se volvió a sintonizar sola. Una nueva emisora escupía sus ondas a las antenas, y la radio del *fiesta* las traducía en sonido que salía por los altavoces baratos de dos vías.

Pero no era música tranquila. Era heavy metal. Y no una balada, precisamente.

—Dios mío, qué música para estas horas...

De nuevo palmoteó torpemente los botones, pero la música no cesaba ni bajaba de volumen. Empezaba a ser extraño. Miró el display de la radio:

F. M. 66.6 MHz

—¿Qué emisora será?— se preguntó Laura.

Entonces cesó el estruendo de guitarras afiladas y voces agudas. La batería dejó de aporrear y una voz surgió de la radio, una voz lejana... pero que se escuchaba cerca. Una voz que Laura conocía muy bien.

—En estos momentos, queridos oyentes... ¡AHORA!, son exactamente las seis horas, seis minutos y seis segundos... ¡yeeeeeeeeeeeeaaaaaaaaaaaaahhhhh!

—Qué coño...— masculló Laura.

—Sintonizas Radio Infierno, siempre fiel en tu diabólico dial— continuaba la voz.

—¿Julio?— Laura no se lo podía creer. Era una pesadilla.

—Sí, soy yo, ¿quién si no?... ja, ja, ja...

Laura empezó a sentir el miedo en sus propias carnes, y no le gustaba. La voz de ultratumba que resonaba en los altavoces era casi inhumana y cruel, intentando destrozarse sus pabellones auditivos.

—Cariño mío— decía la voz. —Me obsequiaste con tus mejores pesadillas como regalo de bodas. Permíteme corresponderte... Ahora vivirás tú misma un pequeño fragmento de mi magnum opus...

El *fiesta* corría cada vez más. Laura pisoteaba sin piedad los pedales y tiraba del freno de mano con todas sus fuerzas, pero los mandos no respondían. El volante, por más que lo girara, no accionaba las ruedas.

—Jaaaaa, ja, ja..., ¿te gusta el paseo, zorra?

—Julio, por favor— suplicó Laura, —déjame en paz. Lo siento, de veras. Yo sólo quería tu dinero, no deseaba matarte.

—Tú y ese enfermero cabronazo...

—¡Por favor, no me mates!

—¿Matarte yo? Nooo... te matarás tú solita...

Laura palidecía por momentos. Deseaba pensar que estaba aún dormida y que sufría una pesadilla, pero era consciente de que la situación era real. Muy real. Se aferró al volante. Sudaba copiosamente y las gotitas que brotaban de su frente arrancaban a su paso el maquillaje, erosionando un rostro que había envejecido 15 años en un minuto.

El vehículo entró en una zona de obras en la carretera. Estaban construyendo un puente para la nueva autovía. El morro del *fiesta* se desvió y puso rumbo justo en dirección al pilar principal del puente. El motor seguía acelerando y se mantenía cerca del régimen máximo de revoluciones, casi en el corte de inyección.

—¡NOO!— chilló Laura. Veía la muerte muy cerca.

—Sí— sentenció Julio.

De nuevo el heavy metal invadió el espacio sonoro del coche, convirtiéndose en la banda sonora del terrible impacto.

Justo en el principio del choque, toda la parte delantera del Ford se aplastó contra el enorme pilar de hormigón como una lata de refresco al ser pisada. Laura salió disparada hacia delante. Su tórax destrozó sin muchas dificultades el cinturón de seguridad mal ajustado. Sus brazos se arañaron contra el resquebrajado salpicadero, produciéndose multitud de pequeñas pero sangrantes heridas. Su cuerpo, entonces, atravesó dolorosamente el parabrisas y su cabeza se destrozó con violencia contra el duro hormigón. La materia gris, libre de su jaula cerebral, campó a sus anchas por todos lados. El descomunal impacto rompió el cimientó del puente, derrumbándose éste en grandes bloques sobre el *fiesta* y sobre el cuerpo de Laura, exento ya de vida.

41

El ruido de las sirenas de la policía se entremezcló con el que hacía el helicóptero de ayuda en carretera. Las ambulancias también empezaron a hacer acto de presencia.

Demasiado tarde.

Se armó un revuelo tremendo. Algunos coches paraban en el arcén para contemplar morbosamente el espectáculo.

—Comisario García, la víctima ya está identificada. Afortunadamente hemos encontrado la cartera, porque si no...

—Bien, Ramírez, buen trabajo.

—Hemos comprobado que el coche había sido alquilado hace apenas una hora.

—Perfecto. ¿Fallo mecánico?

—Parece lo más lógico. ¿Va a examinar más de cerca los restos?

—Qué remedio— se quejó García, —habrá que redactar un puto informe.

El comisario y su ayudante se acercaron al amasijo de hierros y escombros en los que se había convertido el coqueto utilitario. Era escalofriante: una pierna por aquí, un brazo por allá, y todo bañado por un indescriptible barro formado por sangre y hormigón hecho papilla.

—Buff...

—Qué asco.

—¿Qué coño es ese ruido?— masculló García.

Ramírez se acercó a lo que antes era el coche y rebuscó en lo que debía haber sido el salpicadero, con la misma fruición con la que un vagabundo escarbaría en los contenedores de un restaurante de lujo.

—¡Coño!— exclamó, —¡la jodida radio aún funciona!

—¡Dale caña, joder, a ver qué estaba oyendo!

El estribillo de una canción rockera surgió, más duro que nunca, de los maltrechos altavoces:

«La venganza es una virtud...
yo la practico con exactitud...»

—Ramírez.

—¿Sí?

—Consígueme un café bien cargado.

«La justicia
no es lo mismo que la ley,
una es tuya,
la otra..., un papel»

42

Ángel se sirvió otra generosa ración de whisky. Mientras contemplaba cómo el dorado líquido llenaba la copa, pensó que pronto se acabaría esto de beber *pelotazos* nacionales. Cuando cobrase lo que le habían prometido, invertiría gustoso parte de su nuevo capital en un buen reserva escocés de 12 años. «Ya que bebo -pensó- lo haré a lo grande». Hablando del tema, sabía que era demasiado pronto para beber como un cosaco, pero llevaba tres noches seguidas de guardia y el café solo y cargado ya no era suficiente para mantenerle a tono.

Estaba retrepado en el cuarto de enfermeros con la inquietante compañía de un libro de Stephen King. Trataba de una isla que queda incomunicada debido a una gran tormenta (en verdad, la tormenta del siglo). Esa ocasión es aprovechada por un inclasificable y malvado ser para hacer de las suyas. Ya no le daba miedo porque era la cuarta vez que lo leía, así que le provocaba menos escalofríos que si estuviera leyendo algo de Enyd Blyton.

Sin embargo, escuchó algo que sí le produjo escalofríos.

Unas pisadas.

No unas pisadas vulgares, de andar por casa, de esas que incluso intuyes quién es. Las que se acercaban por el pasillo, no sabría explicar por qué, eran extrañas y amenazadoras.

Ángel se levantó para ver quién era. Antes de poder dar un solo paso, la persona que producía los ruidos de pisadas llegó a la puerta y la abrió sin llamar antes («qué maleducado», debería haber pensado Ángel, pero estaba muy asustado como para poder pensar).

En los largos 38 años de su vida, el enfermero estaba seguro de que no se había llevado una sorpresa semejante: Julio estaba delante de él y, aparte de un brillo extraño en su mirada, parecía encontrarse perfectamente.

—¿Qué pasa, Ángel?— dijo Julio con sonrisa maliciosa. —Qué mala cara tienes, ni que hubieras visto a un fantasma...

Ángel se sentó y bebió más whisky directamente de la botella. Estaba, como diría Ned Flanders, perplejito. Sintió cómo su corazón hacía amagos de detenerse, como un motor a punto de calarse en una cuesta demasiado empinada.

—Has madrugado— logró balbucear, sin llegar a detectar si su voz había salido realmente a través de sus cuerdas vocales.

—Sí, no he pasado una buena noche...— dijo Julio con evidente sarcasmo.

Entonces, la nariz de Ángel detectó un olor agrio, desagradable y conocido que llegaba desde el pasillo. Como era un tipo listo, enseguida comprendió todo. El muy cabrón había vomitado la cena, había potado las gotitas antes de que pudieran hacerle efecto completamente.

—Ángel, ¿podrías hacerme un favor? Anda, mira en el segundo cajón de tu mesa, a la izquierda... a ver si notas que falte algo.

Ángel lo hizo. Y no tuvo que remover muchas cosas para darse cuenta de que el frasco de las gotas alucinatorias estaba vacío.

—¿Dónde...?— dijo.

Miró a Julio y comprobó que los ojos de éste miraban fijamente a la botella de whisky barato.

Sobran las palabras.

En ese mismo instante Ángel notó que los ojos se le desenfocaban: no veía con claridad. Las gotas, añadidas al whisky exageradamente, empezaban a hacerle efecto. Mientras agonizaba miró a Julio, El Vengador, y pudo ver (o le pareció ver) que le cambiaba la cara: una sonrisa demoníaca aparecía en su rostro rejuvenecido por la venganza.

—Bienvenido al infierno— le dijo Julio.

Antes de morir experimentó una angustia y malestar indeterminado, como si algo quisiera escapar de su cuerpo igual que huye el humo generado por la llama de la vela. Probablemente era su pecadora alma que no quería bajar a los abismos del fuego eterno.

Durante unos dolorosos instantes, Ángel intentó seguir respirando. Forzó sus pulmones para que siguieran realizando su función, inspirando y expirando rítmicamente. Sin embargo, era un trabajo inútil. Su corazón se había parado por completo, dejando de bombear la sangre por sus arterias.

En ese preciso instante, justo antes de perder la conciencia, comprendió con un foganazo amargo de derrota que sus días como Ángel habían finalizado, y sabía que el mismísimo Satanás, encarnado en Julio, le había condenado.

Únicamente después, Julio pudo salir al pasillo y abrir la ventana que daba al exterior. El aire fresco de aquella fría mañana le dio los buenos días con una generosa dosis de oxígeno. Respiró ese aire con la misma vehemencia con la que un recién nacido usa sus pulmones por primera vez.

Para Julio empezaba una nueva andadura, nació de nuevo para integrarse de lleno en una nueva vida libre de ataduras y compromisos, con la fuerza y vigor que sólo puede proporcionar la justa venganza.

Reconfortado por el trabajo bien hecho, henchido de gloria por la satisfacción que sólo otorga el deber realizado, cerró la ventana y fue a su habitación para ir recogiendo sus cosas.

Ahora ya estaba preparado para abandonar para siempre aquel manicomio maldito, para dejar atrás las horribles pesadillas que lo persiguieron incluso más allá del umbral entre la vida y la muerte, entre la vigilia y el sueño, entre la realidad y la ficción...

Y lo primero que haría al llegar a casa sería dormir a pierna suelta una buena siesta libre de preocupaciones, libre de agripnia...

FIN

AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR:

*A los grupos de rock **OBUS** y **ÑU**, por sus respectivas canciones «Venganza» y «Manicomio».*

Ellas han sido la semilla que ha originado este relato en mi imaginación.

*Y a **María**, que fue la que alimentó ese nuevo ser vivo hasta que se transformó en esta historia.*

Virus

El estridente y desagradable zumbido rescató a Miguel de su profundo sueño. Aún medio dormido, palmoteó torpemente intentando eliminar el molesto sonido. Al fin, su mano encontró el despertador y la tranquilidad volvió a reinar en sus oídos.

Un día más que empezaba como otros tantos. Y para no romper la tradición, lo primero que hizo fue sentarse frente a su ordenador y pulsar el botón *Power*. El murmullo del disco duro le dio entonces los buenos días, y Miguel se lo agradeció acariciando el ratón con las yemas de los dedos.

El mensaje que apareció en la pantalla era el esperado.

INTRODUZCA LA CONTRASEÑA

Miguel tecleó:

98576

CONTRASEÑA ERRONEA. POR FAVOR, INTRODUZCA CONTRASEÑA

Por supuesto, lo había hecho a propósito. Quería comprobar que el *candado anti-curiosos* funcionaba correctamente. Tecleó de nuevo:

75018

CONTRASEÑA ERRONEA. POR FAVOR, INTRODUZCA CONTRASEÑA CORRECTA.
ES SU ULTIMA OPORTUNIDAD

Desde luego, el cerrojo estaba bien puesto en su sitio. Y realmente era su última oportunidad. Si introducía una contraseña falsa, el equipo se apagaría automáticamente y sería imposible arrancarlo en las 24 horas siguientes. Pasado ese tiempo, el ordenador ofrece tres nuevas oportunidades. Así que, basándose en cálculos de probabilidad, alguien que desconozca la contraseña tendría que esperar unos 45 años para poder acceder al sistema, probando tres combinaciones distintas cada día...

Evidentemente, Miguel conocía el password y no tuvo que esperar tanto.

13565

BIENVENIDO. ESPERE UNOS SEGUNDOS MIENTRAS SE INICIA WINDOWS 2002

Era un número elegido al azar, sin lógica alguna. De esta forma, nadie podría adivinarlo. Simplemente tuvo que memorizarlo, igual que el número de la tarjeta de crédito.

Comprobó el correo electrónico. Nada. Ningún mensaje de Carmen, a pesar de que llevaban meses *carteándose* a diario. Era la primera vez que fallaba. Bueno, quizá más tarde. Eso es. Démosle un poco de tiempo a la muchacha.

De Melissa, tampoco. Esta hacía semanas que no respondía a sus cariñosos y románticos envíos electrónicos. Llegó a la dura conclusión de que pasaba de él como Franco de los sindicatos.

Vaya, Miguel. Esta forma de ligar tan moderna, a través de Internet, no es demasiado efectiva. Llevas sin mojar el churro más tiempo del deseable. Si quieres reiniciar tu vida sexual, no te quedará más remedio que echar mano de los sistemas tradicionales, ¿no crees? Ya sabes que la imaginación es importante, pero, si falla, tendrás que recurrir a los topicazos de siempre.

Súbitamente, saltó el protector de pantalla, interrumpiendo sus lujuriosos pensamientos. Se puso en pie con un escorzo de miedo. La silla cayó al suelo en un alboroto inusual en su tranquilo y moderno apartamento. Se quedó petrificado y blanco como una estatua griega, mirando fijamente la pantalla de 21 pulgadas. Su rostro reflejaba el terror en una fidedigna representación, con la boca entreabierta y los ojos como platos.

¿Qué coño era eso?

En lugar de su protector habitual, había saltado uno de tipo marquesina, con una frase apareciendo una y otra vez:

HOLA MIGUEL HOLA MIGUEL HOLA MIGUEL HOLA MIGUEL

Recojones, esto era lo más raro que le había pasado en sus 25 años de vida. Cuando se recuperó de la impresión, cliqueó con el botón derecho del ratón para acceder a las propiedades de la pantalla, y de ahí, al protector. Efectivamente, alguien lo había modificado, pero... ¿quién?, ¿cuándo? Y sobre todo, ¿cómo? Sólo él conocía la contraseña para trabajar con su PC, no le cabía duda.

En fin, supuso que esa era una de tantas cosas inexplicables que pasan por usar sistemas operativos de Billy Puertas... No quiso darle más vueltas al asunto, pues no parecía haber solución razonable. Restauró el entuerto activando de nuevo su protector favorito y seguidamente apagó el equipo. Se le había ido el santo al cielo y tendría que marcharse sin desayunar para no llegar tarde al trabajo.

2

A la mañana siguiente despertó un poco antes, de modo que privó al despertador del placer de arrancarle de sus dulces (y eróticos) sueños con su chirriante y cascado zumbido.

Comprobó el correo y ¡vaya!, un nuevo mensaje de Carmen en la bandeja de entrada:

«Perdona que ayer no te escribiera, pero pasé un día de perros y casi no tuve tiempo ni para orinar. Oye, ¿sigue en pié tu oferta para el fin de semana? Aunque te advierto que no tengo esquis, y menos aún idea de utilizarlos. Tendrás que darme un cursillo intensivo... Estoy segura de que no te importará.

Hasta pronto,

Besitos electrónicos.»

Oh, era maravilloso –pensó Miguel-. Por fin aceptaba una invitación formal. Tendría ocasión de conocerla mejor, y allí, en la cabaña del monte, juntitos frente a la hoguera en una fría noche... Se le ponía dura sólo de pensarlo. Aún no estaba enamorado, pero sin duda caminaba con paso firme por el buen camino. Unas palabras en la pantalla llenaron entonces sus ojos.

¿QUÉ TAL, MIGUEL? ¿CÓMO LO LLEVAS?

Joder, esto ya pasaba de castaño oscuro. Se metió en la configuración de la pantalla. El protector volvía a ser la marquesina desplazándose, y con un texto distinto al del día anterior. ¿Qué cojones pasaba? Activó su protector favorito e hizo clic en aceptar. Luego reinició el equipo.

INTRODUZCA LA CONTRASEÑA –rezó la pantalla, tras unos segundos.

11111

CONTRASEÑA ERRONEA. POR FAVOR, INTRODUZCA CONTRASEÑA

El dispositivo funcionaba, ¿qué era lo que fallaba, entonces? Porque algo fallaba, estaba claro. Sólo él conocía el número clave. Además, ¿quién tenía acceso a su ordenador? Nadie. La limpiadora que le adecentaba el piso de 11 a 12 no sabía ni dividir. ¿Cómo iba a saber manejar el puto WINDOWS 2002 y cambiar el protector? Bueno, quizás supiera, ¡pero no puede saber la contraseña!

Se le ocurrió una posibilidad: Internet. Algún cabronazo se estaba metiendo en su sistema, Dios sabrá cómo, había burlado su sistema de contraseña, y le estaba gastando una broma pesada. Bueno –pensó–, esto tiene solución. Desenchufó el módem de la línea telefónica. En ese mismo instante su ordenador se aisló del mundo. Entre otras cosas, no podría mandar ni recibir mensajes. Era el precio de la tranquilidad, al menos hasta que averiguase quién era el jodido y gracioso *hacker*.

Mientras se vestía, saltó el protector: una especie de burbuja que vagaba a sus anchas por la pantalla, rebotando incansablemente en los bordes. Aleatoriamente, variaba de tamaño encogiéndose o dilatándose como los cuernos de un caracol. Sus colores de 64 bits exploraban caprichosamente todo el espectro del arco iris, experimentando con texturas irreales en 3D.

Antes de apagar el sistema, miró la hora. Volvía a llegar tarde.

3

Sentados en una de las pequeñas mesas de madera de la cafetería de la empresa, Miguel tenía enfrente a David, su mejor compañero. Habían entrado en la empresa más o menos en la misma época, y trabajaban juntos en el área de programación. Forjaron una buena amistad en los últimos tiempos, y demostraban confianza el uno con el otro. Por eso, Miguel acababa de contarle su curiosa historia con el protector. Mientras saboreaba su café, esperaba ansioso su respuesta.

—Es una broma, ¿no?— dijo al fin David.

—Sí, eso he pensado— afirmó Miguel. —Alguien ha logrado entrar en mi ordenador y...

—No— le interrumpió David, —me refiero a una broma tuya. Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Te juro que es cierto— dijo Miguel muy serio.

—Oye tío, tú sabes lo difícil que es burlar la contraseña, por no decir que imposible... Y si alguien tuviera interés en hacerlo, ¿se limitaría a jugar con el protector?

—La verdad es que es muy raro.

—Rarísimo— corroboró David. —Te sugiero que olvides el tema.

4

Unas horas más tarde estaba de nuevo en casa. Después de dejar el abrigo en la percha, se dejó caer pesadamente en su confortable sillón. A lo largo del día le había contado su *affaire* a cuatro compañeros más, pero ninguno le había hecho demasiado caso, ni siquiera Felisa (que estaba colada por él, aunque el sentimiento no era mutuo). Todos le aconsejaron lo mismo, que se olvidara del tema. Pero no era tan sencillo. Ni mucho menos.

Para colmo de males, cometió un gravísimo error al referirle su problema a Fernández, el jefe de personal; éste era un tipo serio y responsable, y como Miguel tenía cierto trato con él, le soltó el tema del protector. Tras escuchar su historia atentamente, Fernández reaccionó igual que si le hubiera dicho que era Napoleón, y le dijo que si ese era el motivo por el cual había llegado tarde dos días seguidos, podría tener problemas. Después, en un discurso arrollador que no admitía réplica, el capullo de Fernández le recordó que su contrato anual expiraba próximamente y que a la empresa le gustaba contar con empleados mentalmente sanos. Desde luego, el muy hijoputa podría haber hablado más fuerte, pero no más claro.

Encendió el ordenador, situado en la mesita cerca de la cama en su salón -dormitorio- comedor. Era la ventaja de vivir en un apartamento de una sola habitación: puertas y paredes, las justas. Al volver al sillón reparó en el mueble bar. Miguel no bebía, sólo unos sorbos de champaña en las celebraciones. Pero entonces, la puerta de pino macizo del mueble-bar parecía llamarle con una poderosa e irresistible atracción. Sopesó las posibilidades y se dijo que aquel era un día tan bueno como cualquier otro para empezar a beber.

¿Por qué no? Quizá el alcohol abriera su mente y entonces vería el problema desde otra perspectiva. Escogió una botella de whisky nueva (en realidad, todas estaban sin empezar) y se sentó frente a la computadora dejando la botella al alcance de la mano. Tras introducir los cinco dígitos de la contraseña, la botella y el WINDOWS se abrieron al mismo tiempo.

El primer trago le quemó la boca y la garganta. Estuvo a punto de escupir el preciado líquido envejecido 12 años en barrica de roble americano, pero aguantó. A partir del segundo trago ya empezó a gustar el sabor amargo y cálido que invadía ardientemente su cuerpo y despertaba los sentidos.

No tocó para nada el ordenador. Decidió esperar a que saltara el protector de pantalla. No tardaría mucho, y amenizaría la espera con la ayuda del oro líquido. Joder, ¿por qué no había probado antes ese maravilloso brebaje? Dio otro sorbo, aún más largo que el anterior. La euforia que penetraba en su cuerpo en forma de alcohol ya había conquistado su estómago. Pronto sería absorbido y, entonces, a través del torrente sanguíneo, conquistaría el cerebro, cuartel general del enemigo. El whisky razonó que conquistar esa plaza no sería difícil. Quizá el hígado ofreciera un poco de lucha, pero no demasiada. No estaba acostumbrado a luchar contra el alcohol, y el empuje de éste era imparable.

Miguel era mero espectador de la batalla que se libraba en su cuerpo, embriagado por una irreal sensación de placer y felicidad.

Pero el agradable sentimiento duró poco. Sucedió lo que tenía que pasar. La pantalla cambió brusca y dolorosamente justo enfrente de sus ojos. Las horribles e inesperadas palabras comenzaron a surcar su reducido (por el alcohol) campo visual.

¿QUÉ PASA, MIGUEL? ¿NO QUIERES HABLAR CONMIGO?

La dichosa frase se repetía sin descanso una y otra vez, extendiéndose en la eternidad. Miguel quiso mover el ratón, o tocar alguna tecla, pero sus adormecidas manos no le respondieron. No podía parar las palabras. No era capaz de detener el sufrimiento, la agonía, la humillación de ser vencido por algo que ni siquiera sabía lo que era. Las manos no parecían querer tocar la computadora, pero sí la botella. Después de otro laaaaaaargo sorbo que acentuó su incipiente borrachera, sus dedos volvieron perezosos a la vida. Logró posarlos sobre el ratón y el teclado, y así hacer desaparecer al demoníaco protector.

Inició entonces la febril persecución. Chequeó los archivos del sistema, uno tras otro, pasando por ellos velozmente, buscando algo que no reconocería hasta que lo encontrara. Pero la capacidad de almacenamiento de su disco duro era enorme, y provocaba que su empresa de revisar archivo por archivo fuera agotadamente imposible.

Dos horas después se echó hacia atrás, exhausto. El sistema parecía estar limpio, sin embargo le resultó evidente que no era así. Un agente extraño, un virus electrónico, le había infectado y ahora dominaba su procesador. Los primeros síntomas se mostraban en el protector de pantalla. ¿Qué vendría después? No osó imaginarlo, ni siquiera entonces, cuando su imaginación estaba desinhibida por el alcohol.

Otro trago.

La botella estaba media.

Activó el antivirus. Y todas las utilidades de sistema capaces de encontrar «algo raro». Mientras el ordenador rebuscaba en sus entrañas, casi terminó la botella con tragos cada vez más intensos y acompañados. Terminaron su acción los programas. Ninguno había encontrado nada, ni un puto bit salido de madre. El antivirus reflejaba su impotencia mostrando mensajes de infructuosas búsquedas.

Derrotado, Miguel dejó caer la botella vacía sobre el suelo.

¿QUÉ PASA, MIGUEL? ¿NO QUIERES HABLAR CONMIGO?

Otra vez el fantasmal protector que irrumpía en el monitor para contemplar satisfecho su victoria, para regodearse en el triunfo y reírse del desecho humano que estaba sentado enfrente.

Entonces una idea, alimentada artificialmente por el alcohol, llegó como un relámpago a su cerebro. No había logrado encontrar el virus en el disco duro. Ni en la memoria.

¿Por qué?

Porque no estaba allí.

¿Dónde estaba, entonces?

Miguel dio sentido, súbitamente, a los extraños hormigueos que recorrían su cuerpo. No los asoció al whisky, ni a su cansancio:

«¡Era el virus electrónico, que navegaba en sus venas! El ordenador le había contagiado», pensaba Miguel, más cerca de la demencia que de una simple borrachera. El virus, no contento con invadir la computadora, le quería joder a él. Miguel lo notó en su interior, virus electrónico, poderoso agente extraño que intentaba arrastrarle hasta el mar oscuro y frío de la locura.

Sin embargo, Miguel no estaba dispuesto a entregarse. Era un luchador nato. Apagó la CPU y se fue hacia el cuarto de baño, tambaleándose por el camino. Su mente maquinó el contraataque, la única defensa posible contra el virus electrónico que le mataba.

Llenó la bañera con agua templada y se metió en ella. Notaba el virus en su sangre, provocándole palpitaciones, sudor y vista borrosa.

Era el momento de expulsar al virus.

De echarle de su sangre. De demostrar quién gobernaba su cuerpo. Sólo había una manera. Y no le asustaba.

Cogió la cuchilla de afeitar. Dos precisos cortes bastaron, uno en cada muñeca.

La sangre manó a borbotones de las arterias seccionadas, y Miguel sonrió entonces, con risa demente, celebrando una victoria que no era tal. El virus escapaba con su sangre, con su calor. Si en ese momento hubiera tenido un microscopio, estaba seguro de que podría haberle visto.

Sí, seguro.

Habría visto al virus electrónico deambulando en su sangre, pequeñas alimañas metálicas que habían devorado su vida, hasta agotarla.

5

A las once de la mañana siguiente, Juanita la limpiadora entró en el apartamento de Miguel. Dejó sus cosas junto a la puerta y, como últimamente hacía, antes de empezar a currar se fue a sentar frente al ordenador. El sistema le exigió una contraseña de cinco dígitos. Ella, naturalmente, introdujo su fecha de nacimiento: trece de Mayo del 65.

13565

BIENVENIDO. ESPERE UNOS SEGUNDOS MIENTRAS SE INICIA WINDOWS 2002

¡Qué bien! ¡Había entrado! Se metió directamente en el solitario, pues esa mañana no le apetecía toquetear el protector de pantalla.

Antes de que lograra acabar el juego, un extraño olor nauseabundo y pegajoso llegó nítidamente a su nariz. Sin embargo, no supo identificarlo hasta que más tarde se decidió a limpiar el cuarto de baño.

That's all, folks!

FIN